

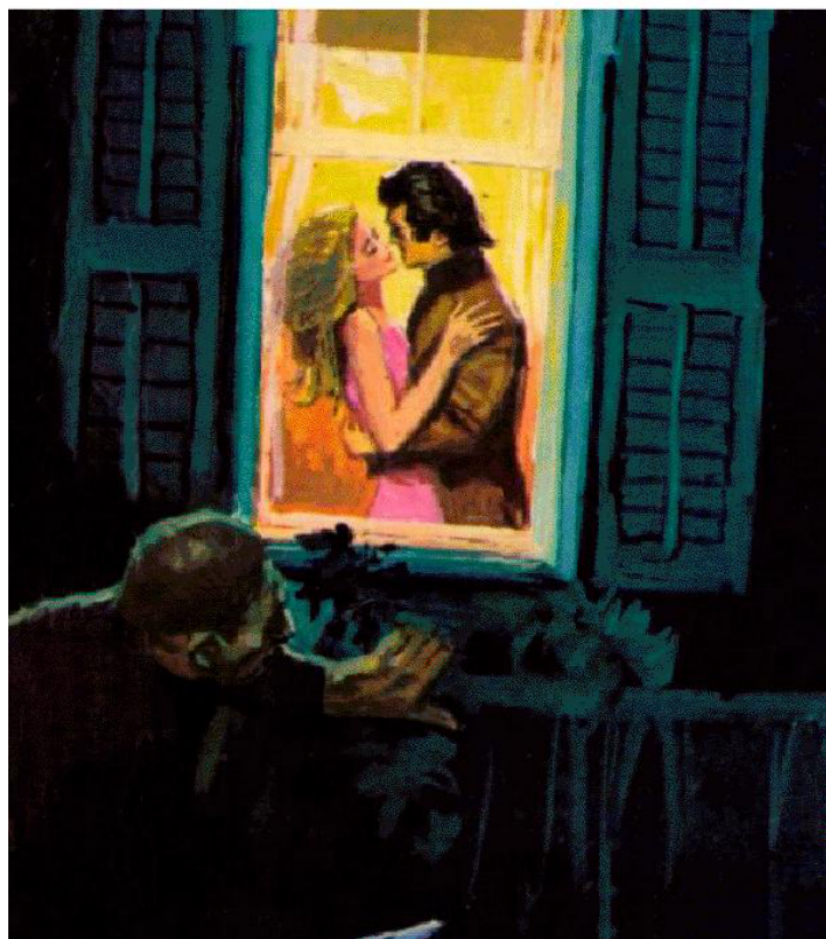
BOLSEROS BOLGUE RA

PUNTO

ROJO

el peso de la muerte

burton hare



COLECCION

PUNTO ROJO



YA ESTA A LA VENTA
LA NUEVA SERIE

SELECCION

TERROR

Creada para aquellos
lectores que poseen nervios de
acero y no temen traspasar las fron-
teras de lo irreal y adentrarse en
un mundo desconocido, aterrador
como una pesadilla, apasionan-
te como la más increíble de las
aventuras.

BURTON HARE

EL PESO DE LA MUERTE

Colección **PUNTO ROJO** n.º 614
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

Déposito legal: B 44.495 - 1973

ISBN: 84-02-02520-X

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: enero, 1974

© BURTON HARE - 1974

texto

© DESILO - 1974

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1974

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.211 — La noche del dragón.

En Colección PUNTO ROJO:

595 — Niebla roja.

CAPÍTULO PRIMERO

El aguacero descargó tan de sopetón que me pilló en medio de la calle. Fue un diluvio repentino acompañado de rayos y truenos que sacudieron la ciudad desde sus cimientos y a mí me empujaron a buscar refugio en la maldita taberna que había andado buscando desde una hora antes.

La taberna era vieja y sucia,apestaba a *whisky* barato y más baratos perfumes que las fulanas esparcidas por las mesas debían utilizar por litros.

Me sacudí el agua como un gato y tras pasear una mirada alrededor me encaramé a un taburete.

—*Whisky* —pedí—. Que no sea demasiado malo.

—Aquí todo es bueno —rió el tabernero.

La lluvia arremetía contra los cristales cual si quisiera romperlos para colarse en aquel estercolero.

Se me ocurrió que quizá la lluvia fuera lo único capaz de limpiarlo un poco.

El cantinero trajo el *whisky*. No era tan malo como cabía suponer, puesto que lo bebí de un trago y seguí estando vivo.

—Busco a una chica —dije, haciéndole seña de que llenara otra vez el vaso.

—¡Qué cosas! Las hay de todos los tamaños en las mesas.

—Se trata de una chica determinada.

—¿Determinada?

—Todo lo que sé es que se llama Marsha Link.

El hombre esbozó una mueca.

—Esas tipas cambian de nombre como de amante. Cualquiera sabe...

—¿Nunca la oyó nombrar siquiera?

—No, que recuerde ahora.

Bebí un sorbo del segundo vaso y estuve unos instantes

examinando a las mujeres que se aburrían en las mesas.

Las había de todos los tamaños, como había dicho el tabernero. Y también de todos los colores.

Aunque algo tenían todas en común. El hastío infinito que se desprendía de su mirada.

No pude creer que alguna de ellas fuera la que yo andaba buscando.

O quizá sí. Uno nunca sabe.

—Usted parece un tipo con experiencia —soltó de pronto el gordo cantinero—. No obstante, déjeme decirle que la única que vale la pena de todas ellas es Nancy... la pelirroja del rincón.

—¿Usted cree?

—Seguro. Tiene clase... Una vez, un tipejo que se las daba de intelectual, dijo de ella que tenía «vocación». ¿Entiende?

—No mucho. ¿Qué hay de Marsha Link?

Sacudió la cabeza.

—Sigo sin recordar ese nombre.

—Sin embargo, alguien me dijo que hace algún tiempo ella frecuentaba este local.

—Es posible. Vienen y se van, ¿comprende?

El tipo tenía una cara grasienta en la que brillaban unos ojillos diminutos. Su boca delataba cierto humor, aunque me hubiera gustado saber de dónde le podía llegar el buen humor a una bola de grasa como aquélla.

Decidí dar un paso más y dije:

—Quizá si viera usted una fotografía de ella pudiera recordar...

Sonrió.

—Las fotografías que me entusiasman son las que edita el Departamento del Tesoro.

—Ya veo...

—También me gustan esas colecciones francesas que circulan bajo mano. Pero no tanto como las otras.

Sentí deseos de aplastarle la nariz, pero en lugar de eso le mostró la fotografía de la muchacha que me interesaba encontrar.

Él la miró. ¡Ya lo creo que la miró!

Marsha Link era una rubia de las que Hollywood necesita de vez en cuando para salir del marasmo a que ha llegado. Además, había sido sorprendida en una playa y cuando le hicieron la foto puede

decirse que apenas si llevaba encima nada más que su larga y hermosa cabellera.

El cantinero desorbitó los ojos y toda la grasa de su corpachón se estremeció.

—¡Cuernos, qué nena! —jadeó, impresionado—. Eso es mejor que las fotos francesas...

—¿La ha visto alguna vez?

—¿Al natural, quiere decir? ¡Qué más quisiera yo, amigo!

—¿Sí o no?

—No.

—Mírela bien.

—¡Je! ¿Qué diablos cree que estoy haciendo?

—Esa mujer frecuentó está pocilga no hace mucho tiempo.

—Ahí es donde se equivoca Yo no olvidaría a esa nena si hubiera estado aquí.

—¿No estará tomándome la cabellera?

—Amigo, una rubia como ésta es para recordarla hasta en sueños. No. Nunca pisó mi establecimiento.

Le quité la foto de las manos y él sacudió la cabeza con pesar.

—¿Cuál es la dama que tiene «vocación»? —pregunté.

—Nancy. La pelirroja.

Hice que llenara otra vez mi vaso y con él en la mano fui a sentarme a la mesa del rincón.

—Pide un trago al gordo, nena.

Paseó sus ojos cansados por toda mi cara, como si quisiera estar segura de recordarla el resto de su vida, aunque maldito si supe para qué quería recordarme tanto tiempo.

—¿*Whisky*? —aventuró.

—Bueno.

El gordo la sirvió y volvió a marcharse.

Ella bebió todo el contenido del vaso a pequeños sorbos sin despegar los labios.

La lluvia se arrojaba con furia contra las cristaleras, produciendo un estrépito endiablado.

De pronto, la mujer dijo:

—¿Te ha dicho él que yo tengo «vocación»?

—Ajá.

—Es la historia de siempre.

—Me gustaría saber qué quiso decir exactamente.

—No lo sé. Nadie lo sabe. Un borracho lo dijo una vez y él se apropió la frase.

Era una dama con un cuerpo sinuoso y una cara hermosa aún, pero inexpresiva, hastiada, en la que sus ojos apagados estaban cansados de tanto como habían visto.

—Qué manera de llover, ¿no te parece? —comentó.

—Sí.

—¿Nos vamos?

—¿A dónde?

Me miró como si me creyera loco.

—¿A dónde va a ser? Tengo un apartamento en la esquina.

—¿Confortable?

Se encogió de hombros.

—La cama sí —dijo.

—Podemos hablar aquí, Nancy.

—¿Hablar?

—De Marsha Link.

Achicó los ojos, perpleja.

—¿Quién es ésa, otra «vocacional»?

—Pudiera ser.

—Nunca oí ese nombre.

—Pudo cambiárselo —dije, sin apartar la mirada de su cara perpleja—. Todo lo que sé es que vino por aquí hace algún tiempo.

—Tal vez.

Puse la fotografía sobre la mesa.

—Ésa es Marsha Link.

Se inclinó hacia adelante.

—Ni era rubia ni se llamaba Marsha —murmuró.

—Así que la recuerdas...

—Era una buena chica.

—¿Era?

—Desapareció, eso es todo.

—¿Qué quieres decir con eso de que desapareció?

—Simplemente eso; un día vino y al otro ya no. Nunca más ha vuelto.

—Ya veo. ¿Fue amiga tuya?

—Aquí no hay amistades que valgan, querido. Cada una se

preocupa de su propia parcela. El negocio es el negocio.

—Sí, claro. ¿Cuánto tiempo hace que Marsha se fue?

—Como ocho o nueve meses. Tal vez más, no lo recuerdo. ¿Por qué estás tan interesado por ella? Una mujer desnuda es igual a otra mujer desnuda, digo yo...

No encontré ninguna réplica y lo dejé correr, guardándome la foto.

Hice seña al gordo para que trajera otros dos vasos. Pensé que estaba bebiendo demasiado de un tiempo a esta parte. Pero era una noche condenadamente deprimente, entre la lluvia que rugía en la calle, la peste del local, la visión de aquellas mujeres derrotadas con caras tan inexpresivas como gárgolas y todo lo demás.

Ella bebió de nuevo todo el contenido a pequeños sorbos.

La imité.

De pronto dijo:

—Se llamaba Helen.

—¿Eso es todo lo que sabes de ella?

—Helen era su nombre. Nadie se interesa por nuestros apellidos, ya sabes.

—¿Dónde vivía?

—Nunca lo supe. Me pregunto si ese par de tragos es todo lo que voy a sacar esta noche.

Me encogí de hombros.

Fuera, la lluvia continuaba, implacable, redoblando contra los cristales. De vez en cuando, el chirriante sonido de las ruedas de un coche deslizándose sobre el asfalto acompañaba el monótono concierto.

Nancy se echó atrás en la silla y murmuró:

—Creo que iré a acostarme. No vale la pena perder más tiempo esta noche.

—Mal negocio.

—Sí.

Se levantó.

Maldije entre dientes. No había adelantado un paso.

Entonces se abrió la puerta y entró el hombrecillo calado y asustado.

Se quedó un instante en la puerta, con la lluvia azotándole y colándose en el local. Al fin cerró la puerta y se acercó al mostrador

como si no supiera muy bien qué hacer.

—Un doble —balbuceó.

El agua escurría sus cabellos empapados. Llevaba una gabardina deshilachada de la cual se deslizaba también el agua formando un pequeño charco en el suelo.

Bebió el matarratas de un trago. Comenzó a toser violentamente y tuvo que agarrarse al mostrador.

—Otro —jadeó.

Se quitó la gabardina. Sus ojillos de conejo asustado se pasearon por todo el local, mirando a las mujeres una a una.

Cuando su mirada tropezó con la mía se estremeció.

Volvió a beber, aunque ahora más despacio. Fue a dejar la gabardina en el perchero que había en el rincón próximo a dónde estábamos nosotros y regresó al mostrador.

—Póngame otro —susurró.

Mientras esperaba ocultó la cara entre las manos. Todo su cuerpo temblaba.

Nancy gruñó:

—Otro que tiene mala noche.

—Quizá agradecería tu compañía. Tiene el aspecto de estar desamparado.

—No me gustan los llorones. La vida es bastante perra sin que una se la amargue con esos derrotados. ¿Vienes conmigo o no, chico?

—Habrás de acostarte sola esta noche, pelirroja.

El hombrecillo vació el tercer vaso. Registró sus bolsillos y dejó algunas monedas sobre el mostrador.

Luego, echó a correr hacia la puerta, la abrió, titubeó un segundo y acto seguido se lanzó contra la lluvia.

Nancy exclamó:

—¿Qué te parece? Ni se acuerda de su gabardina.

—Tenía miedo —dije.

—¿Qué?

Levantándome, fui a la puerta y asomé la cabeza. El agua me empapó la cara.

El hombrecillo era una sombra confusa entre la cortina de lluvia, alejándose hacia el otro lado de la calle.

Oí el rugido de un motor en alguna parte. Unos faros

relampaguearon taladrando la sábana líquida y de pronto la figura desamparada del desconocido quedó bañada de luz.

Fue todo tan rápido que nadie hubiera podido evitarlo.

Una pistola de gran calibre tronó en medio de la tempestad. Retumbó bronca, sonora, y a cada estampido el hombrecillo dio un bandazo de un lado a otro antes de desplomarse sobre el asfalto.

El auto se apartó de la acera y avanzó hacia él. Se detuvo cerca y un tipo descendió, inclinándose sobre el caído.

Instintivamente, saqué el revólver y sin apuntar disparé dos veces.

Era un «38», corto, feo y barrigudo. Pero lo bastante grande como para taladrar una plancha de acero a corta distancia.

El pistolero no era tan duro como el acero ni mucho menos.

Se levantó con un aullido, retrocediendo. Luego, cuando ya el coche rugía con terrible potencia, cayó.

Hice tres disparos más contra el coche que se alejaba como un rayo. Oí saltar un cristal y eso fue todo antes que el vehículo desapareciera en la esquina.

Corrí hacia el hombrecillo. Estaba hecho un ovillo. La lluvia caía sobre él, entrándole en la boca abierta e inundando sus ojos desorbitados. Tenía todos los bolsillos vueltos al revés.

El otro estaba un poco más allá. Era un individuo cuadrado, macizo, despatarrado en mitad de un charco que empezaba a teñirse de rojo.

En alguna parte se oía el silbato de un guardia.

Con la lluvia empapándome, regresé a la taberna. Iba a ser una noche mucho más perra de lo que había imaginado.

CAPÍTULO II

Había polizontes por todas partes.

Y gente.

Montones de gente apelotonándose pegados a los quicios de las puertas para ver el espectáculo a pesar del aguacero que continuaba cayendo.

Y chispazos de los fotógrafos de la policía, y voces, órdenes, gruñidos.

El infierno.

El policía que llevaba el mando de aquel concierto se llamaba Gridle, según dijo, y su humor era tan malo como la noche.

Entramos en la taberna, donde se quitó el sombrero y sacudió el agua de él furiosamente.

—Cuéntelo otra vez —ladró con voz seca—; quizá ahora entienda algo de todo esto.

—Ya le he dicho que salí tras el hombrecillo porque vi que estaba aterrorizada.

—Ésa es una gran explicación —había sarcasmo en su voz. Estaba furioso y no trataba de disimularlo—. Empiece por el principio. Ya sabe, nombre, datos, todo eso.

—¿Otra vez?

—Otra vez.

—Muy bien —dije con un suspiro—. Me llamo Mike Davis, soy reportero y me encontraba en este tugurio esperando que cesara la lluvia cuando ha entrado ese desgraciado. Tenía tanto miedo que uno podía olerlo con sólo mirarle.

—Usted parece entender mucho de eso.

—¿De miedo? Seguro. Lo he visto en todas sus formas. Hace apenas un mes regresé de Vietnam. Le aseguro que allí pude contemplar todo un muestrario de formas de terror. Le digo que ese hombrecillo estaba lleno de pánico. Como si supiera por anticipado

que iban a matarle.

—Y sabiéndolo, todo lo que se le ocurrió fue salir para darles facilidades. ¡Qué tipo tan listo es usted!

—Crea lo que quiera.

—Mire, Davis; llevo muchos años en la policía. He visto todo lo que hay que ver en este podrido mundo. Pero muy pocas veces he visto que los chupatintas anden por el mundo con una pistola en el bolsillo. Y usted no sólo la lleva, sino que la utiliza endiabladamente bien. Los dos plomos que le clavó a ese fulano fueron tiros de maestro.

—Me adiestraron en Vietnam, ¿recuerda?

—No desvíe el asunto. Usted intenta envolverme en una nube de humo.

—¿Quiere un trago, teniente?

—¿Qué? ¡Infiernos! Es una noche como para emborracharse.

El gordo nos sirvió mirándonos con suspicacia. Sólo cuando paseé la mirada alrededor, me di cuenta de que todas las mujeres que antes habían poblado las mesas, se habían esfumado ahora como por arte de magia.

Esa clase de damas detestan verse metidas en líos con la ley.

Bebimos mano a mano en silencio. Luego, tras una maldición del detective dedicada a la calidad del *whisky*, Gridle dijo:

—¿Qué clase de coche fue el que utilizaron esos pistoleros?

—Un sedán oscuro.

—¿Eso es todo?

—La calle está mal iluminada. Además, la lluvia, y todo lo que pasó. No le presté mucha atención.

—Pero le voló un cristal, según dijo.

—Oí saltar uno antes que doblara la esquina.

—Muy bien, reportero. Ahora dígame qué estaba haciendo en esta pocilga.

—¿No se lo dije antes?

—Sí, ya sé; esperaba que cesara de llover. Pero ese cuento no cuela. Usted vive en el otro extremo de la ciudad, y en estos barrios, con una noche como ésta, nadie en su sano juicio saldría a la calle si no fuera por un buen motivo.

—¿Nunca da crédito a lo que oye, teniente?

—Depende.

—Está bien, buscaba a una chica.

Sacudió la cabeza.

—Sigue embrollándolo —gruñó—. Las fulanas que puede encontrar usted en este estercolero no son de su clase tampoco.

—Después de lo que vi en Vietnam, cualquier mujer... Pero dejémoslo. Yo andaba detrás de una determinada.

—¿Para qué?

—Trabajo.

—¡Maldita sea! No espere que le saque cada palabra con un sacacorchos.

—Mire, teniente; lo que yo estaba haciendo y lo sucedido a ese desgraciado son dos cosas distintas. No tienen nada que ver lo uno con lo otro, así que olvídelo.

—Eso es algo de lo que me gustaría estar seguro.

Un policía de uniforme entró y habló en voz baja con su jefe. Los dos se fueron a la calle sin más y yo me quedé junto al mostrador envuelto en un caos de ideas que no me llevaban a ninguna parte.

Al otro lado del mostrador, el gordo se acercó y dijo:

—¿Otro trago?

—No, gracias. Ya he tragado suficiente veneno por una noche. ¿Dónde están las damas que esperaban?

—Salieron de estampida cuando sonaron los tiros. ¿Cree usted que son idiotas o qué?

—¿Y Nancy?

—Ésa lo mismo. ¿Se había puesto de acuerdo con ella ya cuando entró ese pobre tipo?

—No del todo. Y ahora que se me ocurre, ella sí recordaba a la chica de la foto, amigo.

—¿Qué?

—Ya lo oyó.

—No puede ser. Yo me acordaría de una rubia que...

—Cuando venía aquí no era rubia.

Parpadeó, muy sorprendido.

—Creo que entiendo —murmuró—. ¿Morena?

—Sí. Y con otro nombre: Helen.

—Claro, claro. Sí, Helen. Pero hace mucho tiempo.

—Ocho o nueve meses, según Nancy.

—Algo así.

—En todo caso, no hable con la policía de mi interés por esa mujer.

Deslicé un billete de diez dolores sobre el mostrador y él cabeceó. El billete desapareció y no hubo cambio.

Yo tampoco lo esperaba, de modo que así compré su silencio.

Poco después regresó el teniente Gridle. Su rostro ceñudo estaba más sombrío que de costumbre.

—¿Identificaron a esos dos? —pregunté.

—Al grandón, sí. Puede que le den a usted una medalla por haberlo tumbado.

—Ya tengo demasiadas medallas por matar gente.

—¿De veras? Ésa puede que sea muy especial. Se ha cargado usted a un detective.

Pegué tal salto que el taburete salió zumbando hasta la mitad del local.

—¿Está bromeando?

—Nunca bromeo con los fiambres.

Sentí un extraño frío en todos los miembros, mientras la aguzada mirada del policía no se apartaba de mí.

—No puedo creer que fuera un detective —dije con voz poco segura—. Acababa de asesinar al hombrecillo asustado desde el coche, de eso estoy seguro.

—Se llamaba John Fallon y era detective privado. Aunque si mal no recuerdo le habían retirado la licencia hace algún tiempo.

—Podía usted haber empezado por ahí —gruñí, aliviado.

—Me gustaría mucho saber qué estaba haciendo ahora el amigo Fallon, de veras. Era un individuo sucio, marrullero, capaz de fabricar cualquier clase de pruebas en sus sucios asuntos, pero nunca pensé que llegara a convertirse en asesino. Aunque, después de todo, no es tan sorprendente. Si le pagaron bien pudo haber hecho eso y más.

—Eso hace que el hombrecillo sea ahora más interesante.

—No tardaremos en saber quién era —rezongó él—. Tiene todo el aspecto de una rata de muelle. Apostaría mi paga a que lo tenemos en nuestros ficheros.

—Dígame una cosa, teniente. ¿En qué situación quedo yo ahora?

—¿Por haber liquidado a Fallon? Bueno, quiero que redacte una declaración en mi despacho y la firme. Le llamarán en la encuesta,

por supuesto, pero no creo que su responsabilidad le proporcione muchos problemas.

—Eso me tranquiliza.

—No se precipite. Usted no me ha contado ni la mitad de lo que yo quiero saber.

—¿Por qué cree eso?

—Recuerde, el motivo que le trajo usted a esta pocilga.

—Eso es otro asunto.

—Veremos.

Se despidió y regresó junto a sus hombres que soportaban el aguacero allá fuera.

De pronto me acordé de la arruinada gabardina del pobre tipo y me volví.

El perchero estaba vacío.

Volví a rememorar la precipitada salida del individuo asustado y el comentario de Nancy referido a su olvido de la gabardina.

Llamé al gordo, que acudió con una botella.

—No quiero más matarratas —dije—. ¿Se fijó en una gabardina olvidada en el perchero?

Titubeó. Yo insistí:

—Recuerde mis diez dólares.

—No espere que me remuerda la conciencia por ellos, pero en cuanto a esa gabardina, Nancy se la llevó. Seguro que trató de sacarle algo a la noche por lo menos.

—Ya veo. Ella me dijo que tenía un apartamento aquí cerca.

—Claro, en la esquina, saliendo a la izquierda.

—Tal vez no sea tan mala noche después de todo.

Me largué de aquel estercolero a buen paso, sumergiéndome en la lluvia.

Los policías pululaban por todas partes.

Había demasiados.

Especialmente, sobraban los dos que echaron a andar detrás de mis pasos.

Maldije al teniente. Con aquella escolta no podía dirigirme a casa de la pelirroja, así que aplacé la visita y me encaminé a mi hotel.

Los dos fulanos se dieron un buen paseo que no les llevó a ninguna parte.

CAPÍTULO III

Tuve que llamar a la puerta tres o cuatro veces antes de obtener resultados.

—¿Quién está ahí? —rezongó la voz de la mujer al otro lado.

—Su amigo de anoche, ¿recuerda?

—¿El preguntón?

—Sí.

—¡Vaya una condenada hora de alborotar!

Abrió la puerta y me cedió el paso.

Llevaba un pijama corto, y tan transparente como un cristal.

Si a ella no le importaba lo que enseñaba no iba a preocuparme a mí.

—Son las doce de la mañana, hermana —le recordé.

—La mejor hora para el último sueñecito.

Estaba plantada allí, mirándome con sus ojos cansados y soñolientos, pero en los que me pareció descubrir una chispita de interés que la noche antes no tenían.

—¿No teme pillar un resfriado, nena?

—Hace calor después de la tormenta. Y así estoy más cómoda.

Miré a mi alrededor. Era un apartamento diminuto no tan desordenado como cabía esperar. Ella señaló una puerta y dijo:

—Podemos hablar allí dentro... porque usted dijo anoche que todo lo que quería de mí era hablar. ¿O ha cambiado de idea?

—No.

Echó a andar. La seguí tratando de descubrir la arruinada gabardina en alguna parte.

No pude verla.

Entramos en un reducido dormitorio. Esparcidas alrededor estaban sus prendas íntimas y el vestido. Apenas había espacio para moverse, así que ella se tendió en la cama y murmuró:

—Siéntese aquí, junto a mí, y hable todo lo que quiera.

Tomé asiento en el borde del lecho. Tenía unas piernas largas y hermosas que el diminuto pantaloncito del pijama dejaba al descubierto en toda su extensión.

—¡Bueno! —susurró—. Si sólo quiere hablar olvídense de mis piernas.

Aparté la mirada de ellas y reí.

—Usted pone las cosas difíciles.

Cruzó las manos bajo la nuca, alborotando más su roja cabellera.

—Anoche nos tratábamos con más familiaridad.

—Tienes razón. ¿Por qué te llevaste la gabardina del tipo?

—Casi estaba segura que era éste el motivo de tu visita.

—¿Por qué, pelirroja?

—Pensé que si llevaba algo en los bolsillos yo no habría perdido la noche. Después de todo, el pobre hombre ya no iba a necesitarla nunca más.

—¿Y había algo?

Titubeó, mirándome con ojos que se animaban por instantes.

—Debí suponer que en todo aquello había algo raro —murmuró—. Tú saliste tras él, y empezaste a tiros cuando lo mataron. Pero disimulaste condenadamente bien que le conocías, querido.

—¿De dónde sacas esa idea? Nunca había visto a aquel desgraciado.

—¿Crees que nací ayer?

—Dime de dónde has sacado esa idea.

—De lo que él llevaba en el bolsillo.

—Maldito si lo entiendo.

Se ladeó, apoyándose sobre un codo. Todas las sinuosas curvas de su cuerpo se pusieron en tensión al cambiar de postura. Me miró provocativamente.

—¿Estás seguro que sólo quieres hablar? —preguntó.

—Ajá.

—Estás mintiendo. Comienzas a ablandarte, chico. Tengo experiencia en estos asuntos.

—De eso no me cabe ninguna duda.

Pero la maldita tenía razón.

Abrió el cajoncito de la mesa de noche y sacó una húmeda cartulina.

—Echa un vistazo a eso, cariño, y después puedes dejar la

comedia a un lado.

Era una fotografía.

Una fotografía de Marsha Link.

—¿De dónde...?

Me interrumpí y sentí un extraño frío en los huesos.

—Aciertas —dijo—. Estaba en un bolsillo de la gabardina de aquel tipejo.

—Es increíble...

—¿Aún insistes en que no le conocías?

—Nunca antes le había visto. No comprendo cómo él llevaba esta fotografía en el bolsillo. A menos.

—A menos que también la estuviera buscando —remachó Nancy con ironía.

—Eso es. La buscaba. Pero ¿por qué?

—¿Por qué tratas de encontrarla tú? Él también podía tener sus motivos.

—Tal vez.

Cimbreó el cuerpo, desperezándose voluptuosamente. No era una gran belleza, pero que me condene si en mi vida había contemplado otra imagen con más carga de erotismo.

Sacudí la cabeza, contrariado.

—Haces todo lo que puedes por embrollar mis ideas —me lamenté—. Volvamos al buen sendero, nena. ¿No había nada más en los bolsillos de la gabardina?

—Nada más. Bueno, un trozo de papel sucio. Lo tiré a la basura.

—Levántate.

—¿Qué?

—Quiero ese papel, sea lo que sea.

Rezongando, abandonó la cama.

El papel era un trozo de la solapa de un sobre. Una mano torpe había escrito una escueta dirección en él. La lluvia lo había humedecido tanto que la tinta estaba casi corrida, pero no tanto que no pudiera leerse aún.

Me lo guardé junto con la foto.

—¿Nada más? —insistí.

Ella volvió a tumbarse sobre la cama.

—¡Cuernos, no! ¿Qué crees que era aquel pingajo, la cueva de Ali Baba?

—Está bien, nena. Pero de todos modos no debiste tocar esa gabardina.

—Fue una condenada noche. No saqué ni un níquel, ¿sabes?

Me levanté del techo. Confieso que me costó no poco esfuerzo.

—Volveré a verte una de estas noches, en el bar. Mantén los ojos abiertos por si hay más rastreadores de Marsha y te ganarás algún dinero.

—No se vive de promesas, cariño.

Puse un billete de diez dólares sobre la mesilla.

—Como anticipo.

Hizo ondular suavemente su cuerpo y susurró:

—¿No quieres nada a cambio de tu dinero... ahora?

Sacudí la cabeza.

—Puedes estar segura de que yo no soy el tipo que te conviene, primor. Volveremos a vernos en el bar.

Se encogió de hombros con cierto desdén.

No me acompañó a la puerta. Su cortesía no llegaba hasta ese extremo con un tipo que había desdeñado acostarse con ella.

Volví a donde dejara el coche y emprendí el camino de la redacción.

* * *

Arnold Cooper era el tipo perfecto para el cargo que ocupaba. Como jefe de redacción no lo había mejor.

Incluso su cara de perro de presa le iba perfecta para el cargo.

—De modo que hay alguien más detrás de esa fulana —gruñó después de escucharme pacientemente.

—Sea quien sea, ha perdido a su rastreador.

Me miró con sus ojos pálidos.

—Espero que a mí no me ocurra igual. Si te liquidan voy a verme en dificultades para sustituirte.

—Recuérdemelo cuando le pida aumento de sueldo.

—¿Cuál será ahora tu próximo paso?

—Maldito si lo sé. Esa taberna es todo lo que tengo, más o menos sólido. Marsha se refugió allí cuando Decker le dio el puntapié. Estuvo como unos dos meses malviviendo igual que las otras y luego se esfumó. Eso es todo, excepto que se había teñido el pelo y cambiado de nombre.

—Eso y nada es lo mismo. Y quiero encontrarla, Mike. La necesitamos.

—¿Ha pensado que eso puede ser una pérdida de tiempo? Incluso si podemos echarle la vista encima, es posible que ella no sepa nada de lo que nos interesa. Lou Decker no es idiota.

—Pero es lo bastante estúpido como para perder la cabeza por una mujer, de vez en cuando. Y en cada ocasión en que eso sucede, se hincha como un pavo demostrándoles lo listo que es. Y suele cometer indiscreciones en su glorificación.

—¿Puede haber averiguado que nosotros intentamos localizarla?

—¿Decker? No veo cómo.

—¿Sí o no?

—Llevas dos días detrás de las huellas de esa mujer. Por mucho que te hayas movido, es difícil que Decker lo haya averiguado.

—Puede haber una filtración aquí.

Casi saltó de la silla.

—En todo caso —masculló, amenazador—, la filtración ha debido proceder de ti o de mí. ¿Qué te parece? Nadie más está enterado de este asunto.

—Está bien, está bien, olvídalo.

Soltó un gruñido y mantuvo silencio unos instantes. Después dijo:

—Alguien en esa taberna debe saber dónde vivía la chica. Forzosamente debía tener un apartamento por las cercanías.

—Le pregunté a otra de... Bueno, ella lo ignoraba, pero quizá las demás lo sepan.

Volveré a esa pocilga esta noche.

—Y averigua también quién era el hombrecillo asustado.

—¿Cree que soy idiota? Eso es lo primero que voy a preguntarle al teniente Gridle cuando le vea.

Me largué de la oficina y dediqué la tarde a rastrear la historia del hombre que yo había matado.

Acabé sintiendo náuseas. John Fallon había sido el tipo más rastrero, más sucio y traicionero de cuántos tenía noticia.

CAPÍTULO IV

La taberna olía a diablos, igual que la noche anterior. Las mujeres se aburrían en las mesas, también como la otra noche.

La única diferencia era que no llovía, y que cuando entré había tres o cuatro tipos con aspecto arruinado bebiendo en las mesas, cuchicheando con algunas de las damas que esperaban que ésa fuera mejor que la noche pasada.

El tabernero cogió la botella de *whisky* cuando me vio.

—Con un poco de suerte —comentó—, ustedes levantarán mi negocio.

—¿De qué está hablando? Oiga, no veo a Nancy. ¿No vino hoy?
Sonrió de oreja a oreja.

—A ella también debe haberle cambiado la suerte.

Escanció el *whisky*. Lo bebí con precaución. Seguía siendo malo, por supuesto.

—¿Qué pasa con la suerte de usted y de Nancy? —insistí.

—Bueno... Desde anoche esto se ha animado. Durante todo el día han estado viniendo curiosos preguntando qué pasó. Todos piden de beber, naturalmente, y repiten mientras les cuento lo del tiroteo. Le apuesto que hoy doblo la recaudación.

—¿Y en cuanto a Nancy?

—Está ocupada —rió—. Dos tipos.

—Ya veo.

Llenó otra vez el vaso sin que se lo pidiera y añadió:

—Casi tan preguntones como usted.

—¿Quién?

—Los dos hombres que buscaban a Nancy.

Agucé los oídos.

—¿Vinieron preguntando directamente por ella?

Arrugó el ceño y lo pensó detenidamente.

—¡Cuernos! Ahora que usted lo menciona, no.

—¿Qué diablos quiere decir?

—Fue solo después que quisieron saber dónde vivía y cómo era. Les dije lo de su «vocación» y todo eso y parecieron entusiasmarse.

—Me gustaría que hablase, usted como un ser normal. ¿Después de qué?

—¿Cómo?

Solté un bufido.

—Usted dice que sólo se interesaron por ella después. ¿Después de qué? —repetí, impaciente.

—Oh, eso. Vinieron como todos los otros, preguntando qué pasó. Les conté una vez más todo el jaleo; lo de los tiros, los fiambres y todo eso.

—Pero ellos se interesaron por Nancy, según usted, y ella no intervino en el tiroteo.

—Creo que empezaron a interesarse cuando... cuando mencionó que aquel pobre tipo ni siquiera se había acordado de la gabardina cuando salió disparado de aquí.

Algo muy frío culebreó por mi espalda.

—¿Quiere decir que esos dos individuos sólo se interesaron por Nancy cuando usted les dijo que ella se llevó la gabardina?

—Eso es, sólo que no caía en la cuenta hasta que usted ha vuelto a recordarme todo el asunto.

Salté del taburete y dejé unas monedas sobre el mostrador.

—Ojalá hubiese mantenido la boca cerrada, gordinflón.

—¡Oiga...!

Salí apresuradamente.

No soy amigo de corazonadas, pero tal como parecían haberse desarrollado los acontecimientos, aquello era algo más que una corazonada.

Corrí hacia el apartamento de la muchacha. Una vez más, descubrí al polizone que seguía mis pasos durante todo el día. Sólo que ahora me alegré de que estuviera tan cerca.

Llamé a la puerta del apartamento dos o tres veces sin obtener respuesta. Aporree la madera armando tal estrépito que alguien salió al rellano superior y me gritó que me fuera al infierno.

Descendí las escaleras a saltos.

El policía estaba recostado en la esquina, fumando y siguiendo con la mirada las caderas de una mujer que no parecía tener mucha

prisa por llegar a ninguna parte.

—¡Eh, usted! —le grité.

Se volvió, enarcando las cejas.

—¡Venga aquí!

Se acercó, un tanto perplejo.

—Ha estado siguiéndome durante horas —le espeté—. No me ha importado porque no tenía nada que ocultar. Pero ahora le necesito.

No trató de negarlo siquiera.

Sólo preguntó:

—¿Para qué?

—Para entrar en un apartamento.

—Más claro. ¿Se refiere a violentarlo?

—Eso es.

—Maldito si se lo consiento. ¿Ha oído usted hablar del allanamiento y todo eso?

—¡Al infierno con los tecnicismos! Una mujer debía estar en él y... Bueno, ¿quiere ayudarme o no?

—Por supuesto que no.

—Entonces, busque un teléfono y llame al teniente Gridle. Voy a contarle una historia.

Volví a subir las escaleras. Al cabo de unos segundos oí que él me seguía.

Me alcanzó delante de la puerta.

—Oiga, Davis...

—¡Apártese!

Tomé impulso y me lancé contra la puerta. Sonó un tremendo crujido que no supe si procedía de la madera o de mis huesos, pero la puerta cedió, abriéndose y rebotando dentro, contra la pared.

Entré a trompicones, para detenerme en medio de la estancia.

Parecía como si una manada de elefantes hubiera pasado por allí, asustados por algo.

Perplejo, el polizone se quedó en el umbral, mirando aquel desbarajuste como si no pudiera creerlo.

—¡Diablo! —Gruñó—. Lo han puesto patas arriba, ¿eh?

—Acaba de hacer todo un descubrimiento, amigo.

Me precipité a la puerta del dormitorio.

También lo habían saqueado. Pero allí había algo más.

Había sangre por todas partes.

—¡Eche un vistazo a eso, tipo listo! —dije.

Asomó la cabeza y contuvo el aliento.

La puerta del baño estaba abierta. Cuando me acerqué a ella casi estaba seguro de lo que iba a encontrar.

Y lo encontré.

Pero era mucho peor de como yo había sospechado.

No pude saber en aquel momento qué era lo que le habían hecho y cómo se lo habían hecho, pero de cualquier modo lo que quedaba de Nancy era algo tan nauseabundo como yo no había visto jamás, ni siquiera en las salvajes selvas vietnamitas, y puedo jurar que allí se cometieron brutalidades y salvajadas de todos los calibres por ambas partes.

Oí una suerte de quejido detrás de mí. Cuando me volví, el joven polizonte estaba verde y buscaba un lugar donde descargar lo que estaba agolpándose en su garganta.

Él no había peleado en Vietnam, desde luego.

Entré en el cuarto de baño. Nancy no llevaba nada encima y podía contemplarse en todo su horror el destrozado cuerpo. Alrededor de la boca quedaban aún trozos de la ancha cinta adhesiva con que la habían amordazado.

Retrocedí en el momento en que mi descompuesto compañero salía de la cocina. Su cara estaba verde.

Protegiéndose los dedos con el pañuelo descolgué el teléfono y llamé al teniente Gridle.

Sin ninguna duda, la cosa iba a divertirle.

Quizá tanto como al joven polizonte que me había asignado para controlar todos mis pasos.

CAPÍTULO V

—¡Qué gran ayuda es usted, Davis! —Gruñó Gridle cuando acabé de contarle lo que me pareció que debía saber—. ¿Se ha detenido a pensar, condenado embrollón, que si me hubiese contado todo esto anoche, esa pobre mujer seguramente aún estaría viva?

—Lo he pensado.

—Espero que eso le quite el sueño una temporada.

Uno de los fotógrafos le llamó.

Encendí un cigarrillo, pero el tabaco no me quitó el nauseabundo sabor de boca que sentía.

Contemplé cómo se llevaban el despedazado cadáver de la desgraciada Nancy. Por un extremo de la sábana arrugada colgaba una larga guedeja de cabello pelirrojo.

El teniente regresó, gruñendo algo entre dientes.

—Alguno de los dos que hicieron ese trabajo debe estar loco, o quizá lo están los dos —refunfuñó—. Ningún ser humano más o menos normal hubiera cometido todas las salvajes porquerías que le hicieron a la chica. Incluso el forense tiene el estómago revuelto.

—Tengo la esperanza de que algún día tenga a esos dos a mi disposición —dije con entera sinceridad.

—¿Para qué? Si le echan el guante alguna vez no dejarán de usted ni las pestañas. Ya ha visto cómo trabajan.

—Pero no ha visto usted aún cómo trabajo yo.

Me miró con el ceño fruncido y una mueca de preocupación en toda su cara.

—He hecho algunas averiguaciones desde anoche —soltó de pronto.

—Ya. Ése es su trabajo después de todo.

—Averiguaciones sobre usted, quiero decir.

—¿Y ha llegado a alguna parte?

—No estoy muy seguro. Usted fue a Vietnam como corresponsal de guerra, pero apenas dos semanas después de llegar allí se esfumó. Estuvo varios meses fuera de circulación, y cuando volvió a saberse de usted estaba internado en un hospital para recuperación psiquiátrica.

—Es cierto.

—Bueno, todavía no he podido averiguar qué estuvo haciendo mientras anduvo desaparecido.

—Cuando lo sepa usted, Gridle, si es que llega a descubrirlo, sabrá qué les sucederá a esos dos carniceros cuando yo les pueda poner la mano encima.

Soltó un gruñido de disgusto.

—Lo averiguaré, desde luego.

Me encogí de hombros.

—Eso no le ayudará mucho a descubrir por qué mataron al hombrecillo, ni por qué han asesinado a Nancy.

—Tal vez sí. En cuanto al hombrecillo, se llamaba Jos Connor, pero todo el mundo le conocía por *Cookie*. Pasaba su vida en las tabernas de los muelles y todas sus hazañas se limitaban a alguna que otra ratería sin mayor importancia:

—Entonces, ¿por qué lo mataron si era tan insignificante?

—No lo sé aún. Pero lo averiguaré, Davis, y pronto.

Encendí otro cigarrillo.

—Quizá yo pueda ayudarle —dije, pensando que estaba fumando demasiado—. Pero he de pensarlo.

—Pierda todo el tiempo que quiera. Si en verdad sabe algo, es posible que esos carniceros acaben con usted, y en ese caso sí que será de una gran ayuda.

—Está usted amargado, teniente.

—¿Cómo infiernos quiere que me sienta después de todo esto? Uno nunca está lo bastante endurecido en este maldito trabajo.

—Hay algo que sí quiero decirle, Gridle, y es respecto a ese sabueso que ha puesto usted detrás de mis huellas. El chico pierde su tiempo y a mí me pone nervioso.

—Entiendo.

—¿Por qué infiernos quiere tenerme vigilado?

—Se me ocurrió que podía usted correr peligro y...

—Olvidelo. ¿Cree que nací ayer? A usted le importa un rábano

que me desuellen o no. ¿Sospecha de mi acaso?

Soltó un gruñido de disgusto.

—Está bien —reconoció—; la verdad es que pensé que si se guardaba usted algo en el buche, tarde o temprano se decidiría a actuar. Si eso sucedía yo quería estar informado.

—Bueno, pues no me divierte su juego. Retire a su gente y déjeme en paz. Cuando esté seguro de cuál ha de ser mi actuación en todo esto le avisaré.

—Maldito si me fío de usted, amigo.

—Mi periódico puede causarle muchas molestias, teniente. Lo que usted está haciendo es entorpecer la labor de la Prensa. ¿Se ha detenido a pensar en eso?

—¡Al diablo con usted! Puede largarse cuando quiera, pero límitese a publicar una gacetilla corriente de momento. Me disgustaría mucho que le diera usted a este caso una importancia que...

—Entiendo —le atajé—. De todos modos, no hay mucho más que una gacetilla, de momento.

Asintió y me largué de allí asegurándome de que al fin estaba libre de vigilancia. El joven policía habría de conformarse con otro servicio de rutina, quizá más divertido que seguirme los pasos.

Así que, sin interferencias, podía dedicarme a mi único recurso: La dirección escrita en la solapa de un sobre, que la pobre Nancy encontrara en la gabardina del hombrecillo muerto.

Era un edificio de apartamentos de buen aspecto. Un bien cuidado jardín lo rodeaba y en él brillaba el asfalto del paseo de coches que conducía al garaje privado.

Estuve unos minutos al otro lado de la calle, fumando y tratando de imaginar una manera de averiguar quién ocupaba el apartamento cuyas señas estaban anotadas en aquel pedazo de papel arrugado.

No me atrevía a abrigar la esperanza de que fuera la propia Marsha la ocupante de él. Sería demasiada suerte.

Al fin atravesé la calzada, me interné por el breve jardín y subí la escalinata de la entrada.

Había un conserje de ojos soñolientos y tez pálida intentando que le cuadraran las cuentas de la semana. Levantó la cabeza y enarcó las cejas.

—¿Qué puedo hacer por usted, señor? —indagó.

Tenía una voz culta y suave. Uno se preguntaba qué demonios hacía allí un tipo como aquél.

—Aún no lo sé, pero sí sé qué puedo hacer yo por usted —le dije, echándome el sombrero hacia atrás y encendiendo otro cigarrillo.

Su expresión se enfrió un poco.

—Temo que no le comprendo, señor.

—Se lo explicaré —dije—. Hoy tengo el día bueno, ¿sabe? En mis días buenos me da por despilfarrar mi dinero.

—Ya veo.

—Alguien me dio la dirección de uno de estos apartamentos. Quisiera saber quién lo ocupa.

—¿Y su despilfarro por ese servicio?

—Cinco pavos.

—Éste es un edificio de lujo, señor —me recordó, con una gran expresión de dignidad ofendida.

—Claro, claro. Digamos que en ese caso serán diez machacantes.

Hizo una mueca y caviló rápidamente hasta dónde podía tirar de la cuerda. Debió pensar que corría el riesgo de que se rompiera y asintió.

—Sean diez —concedió—. ¿Qué apartamento?

Le mostré el pedazo de papel. Arrugó el ceño.

—Ese apartamento pertenece al señor Lefebre, un caballero francés.

—¿Desde cuándo?

—Bueno... lo alquiló hará unos tres meses.

—No me interesa. ¿Quién lo tuvo alquilado antes que él?

Suspiró, como si siempre hubiera sabido que yo iba a llegar a ese punto.

Dijo con voz educada:

—Todavía no he visto el color de su dinero, señor.

—Espero que tenga tan buena memoria para recordar al inquilino anterior —mascullé, entregándole un billete de diez dólares. Se lo embolsó después de doblarlo con cuidado.

—Se llamaba Helen Johns, era toda una belleza y no recibía visitas masculinas mientras estuvo alojada aquí.

—Ya veo. Supongo que estamos hablando de la misma dama.

Le mostré la fotografía de Marsha. Sonrió.

—No era rubia, señor.

—Los tintes hacen maravillas. ¿Cuándo abandonó el apartamento?

—Cuatro meses atrás. Y creo que adelantaremos tiempo si le digo, sin esperar a que usted lo pregunte, que se marchó de aquí cuando un caballero se interesó por ella hasta el extremo de ponerle un apartamento de lujo en el edificio de Overbrook. ¿Es eso lo que quería saber, señor?

Contuve mi entusiasmo. Sólo dije:

—Ni más ni menos. Es usted un hombre de mucha experiencia por lo que veo.

—No lo sabe usted bien. Apostaría que soy capaz de adivinar incluso lo que es usted.

—¿Apostaría diez dólares más?

—Señor, sólo fue una manera de hablar.

—No obstante, adivine.

—Detective privado, como el otro.

Aquello estaba poniéndose cada vez más interesante.

—¿Cómo sabe que el otro era detective privado?

Sonrió con suficiencia.

—Me mostró la documentación —dijo—. Tenía un aspecto que no inspiraba confianza precisamente, así que le obligué a identificarse antes de acceder a dialogar con él.

Sentí un escalofrío en la espalda.

—¿Apostaría ahora que adivino el nombre de ese detective?

Sacudió la cabeza.

—Yo no apuesto nunca —repitió—. Pero se llamaba John Fallon.

—Ajá, es lo que yo iba a decir.

—¿Eso es todo, señor?

—Una cosa más y le dejaré tranquilo. ¿Quién fue el caballero que se interesó por Helen Johns?

Esta vez dudó. Su ceño se hizo más adusto y no pareció muy dispuesto a complacerme.

Pero al fin debió pensar que de todos modos era la única manera de librarse de mí y dijo:

—

O’Roark,

señor.

El corazón me dio un vuelco.

—¿Charlie

O’Roark?

—puntualicé.

Asintió con un gesto de cabeza, expectante. Seguramente imaginando que yo saldría de estampida al oír ese nombre.

—Eso sí que es como para preocuparse —concedí.

—Creo que por diez dólares, eso es todo lo que puede usted comprar.

—Me ha ayudado usted mucho. Quizá vuelva por aquí.

—Será bien recibido, por supuesto.

Le dejé enfrascado de nuevo en sus cuentas y volví a la calle, mucho más preocupado que antes.

Por lo visto, el sino de Marsha Link era estar liada con los tipos más peligrosos de la ciudad.

Primero Lou Decker, un tipejo capaz de cercenarle el cuello a su abuela si le pagaban lo bastante para ello. Y ahora, Charlie

O’Roark

en persona, el más peligroso cabecilla del hampa que aún sobrevivía a las grandes ramas de la Mafia por un lado y de la policía por otro.

Anduve muy preocupado hasta que encontré un taxi. Me hice conducir a la redacción, pero Cooper había salido y no pude discutir con él un par de puntos que me preocupaban realmente.

Pasé más de una hora poniendo en orden mis notas, que servirían de base al artículo definitivo que desencadenaría un terremoto en la ciudad cuando lo viera la luz.

Hice una copia de mis apuntes y la dejé en el cajón central de la mesa de Arnold Cooper. Estaba seguro que cuando los leyera daría un salto hasta el techo, porque ni siquiera él, con su imaginación calenturienta, había imaginado que el asunto tomara semejantes derroteros. Habría que oírle.

Regresé a mi despacho y encerré el original bajo llave, tras lo cual saqué el revólver y revisé la carga.

Si llegaba la ocasión de tener que utilizarlo quería estar seguro de que no me fallaría en el momento crucial del que muy bien podía depender mi pellejo.

Después abandoné la redacción. Perdí más de media hora esperando un taxi, lo que me recordó una vez más que habría de comprar un coche cuanto antes.

Le di al conductor la dirección del formidable complejo residencial llamado Overbroock y me recosté en el asiento, dejando vagar mi imaginación por unos caminos más bien lúgubres.

CAPÍTULO VI

Me abrió la puerta una dama de las que entran pocas en el reparto.

Desde cualquier ángulo que se la mirase, uno acababa perdiendo la brújula en sus condenadas curvas. Las piernas largas y exquisitamente moldeadas sostenían el conjunto de belleza más soberbio de cuantos yo tenía noticia.

—¿Bueno? —Me acució, plantada en el umbral del apartamento.

—Espere que recobre el aliento, hermana.

—Déjese de chistes. ¿Qué vende usted?

—Ahí se equivoca.

—¿No es un vendedor?

—Nones. Quiero hablar con usted, si realmente no es un espejismo.

Hizo un mohín de impaciencia. Su rostro era una filigrana de pómulos altos y grandes ojos rasgados y tan negros como una noche de tormenta. En cambio, los labios eran suavemente rojos, turgentes y debían arder como el infierno por poco que ella se lo propusiera.

—Al grano —se impacientó—. ¿Qué es exactamente lo que desea?

—Acabo de decírselo. ¿Puedo pasar?

—Ni lo sueñe.

—Palabra que mis sueños van mucho más allá, linda. Oiga, ¿cuál es su nombre, ya que estamos en eso?

—Bárbara.

—Bonito nombre. La llamaré Babs.

—No va a llamarme de ninguna manera.

Hizo ademán de cerrarme la puerta en las narices. Lo impedí, empujé y me colé dentro apartándola a un lado.

Comenzó a enfadarse, naturalmente.

—Usted lo ha querido —dijo de mal talante—. Haré que le

saquen de aquí a puntapiés.

Descolgó el teléfono resueltamente.

Me hundí en una enorme butaca y dije:

—Sería mejor que antes hablásemos de Marsha Link, preciosidad.

Se quedó muy quieta, con el auricular cerca de su orejita.

Estaba de espaldas a mí, rígida. Incluso de espaldas, su tipo era como para dejar volar la imaginación.

Al fin, dejó el auricular en el soporte con tanto cuidado como si fuera de frágil cristal.

—¿Qué nombre dijo? —murmuró.

—Marsha, ya sabe.

—Nunca oí ese nombre. Mi nombre es Bárbara... Bárbara Conway.

—No lo dudo. Ya sé que usted no es Marsha. Ella es una belleza capaz de hacer que los muertos levanten la cabeza, pero usted la gana desde cualquier punto que se la mire.

—Ya le dije que nunca...

La interrumpí con un gesto.

—No siga —reí—. Este apartamento es de Marsha... aunque alquilado con el nombre de Helen Johns, supongo. Es de ella de quien quiero hablar.

Se apartó unos pasos, titubeante. Casi podía oír la vertiginosa marcha de su cerebro.

Se detuvo cerca del diminuto bar que había en un ángulo.

—¿Quién es usted? —me espetó desde allí.

—Mike Davis.

—Albricias... Le he preguntado quién es, no su nombre.

—Mike Davis. Ese nombre es todo mi capital. Pero si lo quiere saber, le diré que escribo. Soy reportero.

Suspiró.

—Debí suponerlo viendo su desfachatez.

—¿Qué me dice de Marsha?

—No tengo nada que decir.

—Le aseguro que no tengo ninguna prisa. En realidad, contemplarla a usted es todo un espectáculo. Pero sería mejor que hablásemos sinceramente desde el principio.

—Le repito que no tenemos nada que hablar.

—¿De veras? En ese caso me gustaría saber por qué no ha seguido con su idea de hacer que me arrojen de aquí a puntapiés cuando ha oído el nombre de Marsha.

—Aún puedo hacerlo.

—Apuesto que no.

Desde mi butaca vi cómo se torturaba reflexionando a toda presión. Ella ansiaba tomar una determinación, pero quería estar segura primero del terreno que pisaba.

Dejó pasar unos minutos. Después, su rostro perdió parte de su ceño y hasta esbozó una leve sonrisa.

—Está bien, usted gana —capituló—. ¿Quiere una bebida?

—Seguro que sí. *Whisky* con hielo, siempre que no añada unas gotas de cianuro.

—Hay otros sistemas para librarse de un hombre, sin recurrir al veneno.

Preparó dos vasos, se acercó y me obsequió con uno, mientras ella se dejaba caer blandamente en un amplísimo diván tan grande como una cama de matrimonio.

—Ahora —susurró—, hable.

—En realidad, es usted quien debe hablar, reina. ¿Dónde está Marsha Link?

Sacudió la cabeza.

—No lo sé.

—Pero éste es su apartamento.

—Es el apartamento de Helen Johns.

—Está bien, está bien, pero usted y yo sabemos que las dos son la misma persona. Hábleme de ella.

—Emprendió un viaje... éramos amigas y me cedió el piso, eso es todo.

—Para inventar algo tan burdo no necesitaba usted reflexionar todo este tiempo, Babs.

Se encogió de hombros. Bebí un par de tragos y saboreé el mejor *whisky* que había probado desde antes de complicarme la vida en Vietnam.

—Hable usted ahora, reportero —me espetó de pronto—. Dígame por qué busca a mi amiga.

—Si se lo dijera no lo creería, pero sí tengo interés en que crea que no deseo perjudicarla en absoluto.

—Nadie quiere perjudicarla, pero...

Se interrumpió bruscamente.

Yo terminé por ella:

—Pero ella se esconde porque está aterrorizada. ¿Es eso lo que iba a decir?

Me miró con sus enormes ojos muy abiertos y asintió poco a poco.

Buscó refugio detrás de su vaso y durante unos instantes no habló.

Después dijo:

—Vinieron otros hombres, buscándola. Me amenazaron incluso para que les dijera dónde está ahora. Al fin se convencieron de que yo lo ignoraba y me dejaron en paz.

—¿Lo ignora realmente, Babs?

—Por supuesto. Ella no quiso que yo lo supiera precisamente por temor a que me obligasen a revelarlo.

La cosa tenía sentido, pero remontándose a otra altura ya no tenía tanto.

—Vayamos por partes —dije—. Acepto que ignore usted el paradero actual de su amiga. Pero a ella le montó este nido un rufián llamado Charlie

O’Roark

no hace mucho tiempo. ¿Es que también huye de él?

Dejó el vaso sobre una mesita, mirándose perpleja.

—¿Cómo que también? —exclamó—. Ese forajido es su única pesadilla.

Parecía sincera, lo que me llevó a pensar que Marsha no debía haber sido muy explícita al hablarle de su pasado.

—Babs —dije—, hay mucho más en este asunto que usted no sabe.

—¿Como qué, por ejemplo?

—Si no lo reveló Marsha, no creo que valga la pena hablar de ello ahora. Sólo trate de pensar en el posible paradero de ella. Le aseguro que no voy a perjudicarla en absoluto. Es más; posiblemente, si puedo ponerme en contacto con su amiga, se acaben sus problemas y no deba volver a vivir ocultándose de nadie.

—Eso suena bien, pero es sólo una frase.

—¿Tan poca confianza le inspiro?

—No se trata de eso. Ella ya ha sufrido bastante. Tiene derecho a vivir en paz. Aunque yo supiera su paradero no se lo diría.

—¿No lo sabe, realmente?

—No, en absoluto.

—Esos hombres que la amenazaron a usted, intentando hacerla hablar, ¿eran gente de

O’Roark?

—Sí. No trataron de ocultarlo en ningún momento.

—No tiene pies ni cabeza —mascullé—. ¿Cuándo conoció usted a Marsha?

—Hace años... trabajamos juntas una temporada en la misma empresa de publicidad. Después, ella abandonó el empleo, pero seguimos viéndonos de tarde en tarde.

Antes que pudiera formularle otra pregunta, unos golpes en la puerta cortaron todo posible diálogo.

Ella se levantó, disgustada.

—Por lo visto, hoy es el día de moda... Disculpe.

Abandonó la soberbia salita hundiendo los pies en la gruesa alfombra. Encendí un cigarrillo y esperé.

Oí el rumor de voces en el *hall*. Las voces subieron de tono, sonó el chasquido de un golpe y un grito apagado de la muchacha. Tras esto alguien cerró la puerta de golpe y el barullo de pasos desordenados se acercaron a dónde yo estaba.

Aplasté el cigarrillo en el cenicero y me zambullí detrás del gigantesco diván.

Los pasos quedaron ahogados cuando llegaron a la alfombra.

Un hombre masculló:

—No queremos perder tiempo, chica. ¿Dónde está?

Adiviné que Babs estaba buscándome desesperadamente con la mirada, alarmada por mi desaparición, única esperanza que tenía en aquellos instantes.

—No mires alrededor, nena —cacareó otra voz, más ronca que la primera—. Ya sabemos que no la tienes escondida aquí. Pero tú sabes dónde está y vas a soltarlo antes que nos pongamos brutos, ¿entiendes?

La muchacha no pudo contener un quejido. La voz bronca añadió:

—Somos especialistas en ablandar mujeres. Si crees que vamos a conformarnos con unas lágrimas y unos lamentos, olvídalo. Lo que podemos hacerte te haría vomitar con sólo imaginarlo. Y ahora, ¿quieres hablar de una condenada vez?

—¡No sé dónde está Marsha! ¿Cómo he de decírselo? Todo lo que yo hice fue alquilarle el apartamento hasta su regreso.

—¡Ya basta! ¿Lo haces tú, Pietro, o me encargo yo esta vez?

—Déjala para mí... ¿Dónde está el baño en esta choza, encanto? No vamos a estropear todo el mobiliario, digo yo.

Eso me dio mucho en qué pensar. Contuve aún mis ansias de sacudirles un par de tiros y esperé.

La muchacha balbuceó algo que no entendí. Después, hubo un forcejeo y ella gritó, aunque su grito se extinguió casi al instante.

—¡Séllale la boca de una vez! —rugió el primero que hablara al entrar.

Atisé por un extremo del diván. Los dos eran grandes tipos corpulentos, brutales y fríos en su sucio trabajo.

A juzgar por sus palabras, tuve la corazonada de que pudieran ser los mismos sanguinarios carniceros que destrozaron a la pobre Nancy. Y si era así, yo tenía mucho que decir en semejante diálogo.

Uno sujetaba a Babs mientras el otro le cubría la boca con anchas tiras de cinta adhesiva. Ella apenas podía debatirse entre las manazas de aquel gorila.

Cuando empezaron a empujarla me levanté. Los dos se quedaron muy asombrados al verme, especialmente al contemplar mi chato revólver apuntándoles sin titubear.

—Despacio, camaradas —dije—. Quiero veros las manos sobre las cabezas, y rápido.

El que sujetaba a la muchacha la apretó contra sí como si estuviera muy enamorado de ella. Entre la cabellera negra de Babs vislumbré la mueca del fulano cuando me advirtió:

—Si no sueltas el petardo inmediatamente la parto por la mitad... sólo tengo que hacer presión en su nuca y ya está.

—Tal vez, pero en cuanto empieces, tu amigo encajará toda la carga de este cañón. Pregúntale a él si le gustaría esa clase de juego.

—No te atreverás a disparar, aquí... armarías demasiado jaleo.

—Éste es un edificio de lujo. Ya deberías saber que estos edificios están contruidos a prueba de roído.

Eso le dio en qué pensar. No obstante, y casi para convencerse a sí mismo, repitió:

—No te atreverás a disparar.

Noté como todo el cuerpo de Babs se arqueaba violentamente.

De modo que tiré del gatillo y la bala atravesó limpiamente la rodilla del otro gorila.

El hombre dio un gran salto y un grito, todo a un tiempo.

Cayó, revolcándose por la alfombra sin dejar de aullar. Los huesos astillados debían dolerle como el demonio.

El otro se quedó petrificado. Babs aprovechó para dar un tirón y desprenderse de sus garras, trastabillando hasta que cayó sobre el diván.

—Ahora estamos en mejores condiciones para el diálogo... Dile a tu compinche que cierre la boca si no quiere recibir otro plomo.

El fulano calló sin necesidad de intérprete.

El otro estaba tratando de dilucidar cómo debía comportarse, pero sobre todo le preocupaba quién era yo. El hecho de que le hubiera metido un balazo a su compañero sin pestañear le tenía perplejo. Los polizontes no suelen actuar tan a la ligera. Y los pistoleros de su propia calaña tiran a matar y asunto concluido.

Vi como el que estaba en el suelo dejaba de revolcarse. Su mano derecha desapareció bajo la axila. Sus ojillos malignos chispeaban de ansias vengativas.

Le dejé que acariciara la culata del petardo que llevaba en la funda axilar. Entonces le clavé otro plomo en la otra pierna.

Soltó tal alarido que las lámparas temblaron.

Aquello estaba resultando más animado que las selvas de Vietnam, cuando me lanzaron sobre ellas en paracaídas...

Calló cuando vio que le apuntaba a la cabeza.

—Saca esa pistola que llevas ahí y tírala bajo el diván. Y lo mismo sirve contigo, compañero. Si he de repetirlo lo haré a tiros.

Obedecieron después de un corto lapso de tiempo. Las dos grandes automáticas fueron a parar bajo el mueble, el mismo que servía de lecho a la aterrada muchacha.

—Ajá, eso está bien —aprobé.

Levanté el revólver y le descargué tal trastazo al herido que sus dolores cesaron piadosamente. Por lo menos, dejó de lamentarse. Todo eso salió ganando.

El otro chirrió los dientes cuando me enfrenté con él.

—Apuesto que llevas un cuchillo en alguna parte —dije casi amablemente—. Sácalo y déjalo caer al suelo con cuidado... con mucho cuidado, matarife.

Vi cómo se barrenaba los sesos intentando adivinar cómo sabía yo lo del cuchillo. Lo sacó también, dejándolo caer a la alfombra.

Era un hierro largo y afilado. Sentí un escalofrío al verlo.

—¿Lleva también esa clase de herramientas tu amigo?

Asintió con un gesto. No necesitó siquiera que le diera la orden. Inclinandose, libró a su cómplice del peso de otro cuchillo semejante, que abandonó junto al suyo.

Sólo entonces retrocedí, y con la mano libre arranqué la mordaza de la muchacha, que no pudo contener un sollozo.

—Cálmate —le aconsejé—. Esos bastardos ya no te harán ningún daño.

—¿Qué... qué iban a hacerme?

—Eso te disgustaría mucho. Sospecho que lo mismo que le hicieron a otra chica... ¿No es cierto, hijo de perra?

El hombre tragó saliva pero no dijo una palabra. Estaba asustado, terriblemente asustado.

—Arréglate un poco y vete a dar un paseo, Babs —ordené—. Estos dos y yo vamos a sostener una charla amistosa.

—¿Qué va usted a hacer?

—Eso tampoco te gustaría saberlo. Haz lo que te digo. Y antes de regresar, llama por teléfono.

Vaciló, terriblemente asustada.

El herido rebulló, quejándose con voz ahogada. Le sacudí otro culatazo y de nuevo se durmió placenteramente.

—Está bien —decidid la muchacha—. Creo que entiendo lo que usted desea... Llamaré por teléfono antes de regresar, sólo para no interrumpir su charla. Pero antes de irme, dígame... ¿De veras querían matarme esos dos?

—Bueno, digamos que la muerte era el acto final. Primero se habrían divertido un poco a su manera. Para eso traían los cuchillos.

Ella asintió, descompuesta sólo con imaginarlo. Luego, dio media vuelta y se fue al trote.

—Bien, camarada, ahora empezaremos nuestra representación.

Arrastra a tu compinche hacia el cuarto de baño. No vas a tener tú la exclusiva de tan higiénico lugar.

Rechinando los dientes, el fulano obedeció.

El baño estaba detrás de la tercera puerta que probamos.

CAPÍTULO VII

Fui al pequeño bar y llené un vaso de *whisky* hasta los bordes. Lo vacié casi a la misma velocidad con que acababa de llenarlo.

Oí el apagado quejido procedente del cuarto de baño. Repetí la dosis de *whisky*, retrasando el momento de reanudar mi nauseabundo trabajo. Imaginé lo que sintió Nancy antes de expirar y eso me animó a beber de nuevo y a regresar al baño sin más demoras.

El herido estaba metido en la bañera. La bañera no contenía ni una gota de agua, pero sí una buena cantidad de su propia sangre.

El otro, convertido en un fardo, bien sujeto con su propio cinturón y el de su compinche, jadeaba en el suelo y su aspecto no puede decirse que fuera agradable.

Más bien daba náuseas.

—Vamos a terminar esto de una vez —dije, acariciando su cuchillo, que ya no brillaba porque estaba sucio de sangre—. Déjame decirte que si abrigas alguna esperanza, mejor será que cambies de idea. Voy a poner en práctica algunos de los trucos que aprendí en Vietnam, y te aseguro que lo que le hicisteis a la pobre Nancy comparado con eso fue un juego de niños.

Bajo la mordaza me maldijo con rabia. Eso no podía hacerme ningún daño.

—Quiero saber quién ordenó toda esta carnicería —le recordé—. Cuando estés dispuesto a hablar sacude la cabeza de arriba abajo.

Le quité los zapatos y los calcetines. No olían precisamente a rosas.

Comenzó a retorcerse como una serpiente, pero no le sirvió de nada. Cuando el cuchillo entró en acción todo su cuerpo se arqueó violentamente, poniéndose tan rígido como si fuera a romperse por la mitad. Bajo la mordaza soltó un alarido que gorgoteó hasta extinguirse cuando perdió el conocimiento.

Esperé sin prisas. Ésa fue una de las cosas que aprendí de los sanguinarios guerrilleros, allá, en las selvas. Nunca tenían prisa cuando le convertían a uno en una piltrafa.

Tardó una barbaridad de tiempo en recobrar el sentido.

Le mostré el cuchillo y luego le ayudé a doblar la cabeza para que pudiera verse los pies.

Sus ojos giraron en las órbitas y se desmayó nuevamente.

Volví a esperar, fumando un par de cigarrillos.

Entonces sonó el teléfono. Acudí a la salita y lo descolgué.

La voz temblorosa de la muchacha preguntó:

—¿Todo va bien, señor Davis?

—Hola, encanto.

—¿Está usted bien?

—Todo lo bien que permiten las circunstancias. Pero si lo que quieres saber es si puedes regresar, te diré que aún no. ¿Conoces un local llamado *Green Pub*?

—Sí...

—Ve allí, instálate en una mesa, y espérame. No importa el tiempo que yo tarde, sólo espérame. ¿Comprendido?

—Sí, pero...

—Te aseguro que es muy importante.

Tras un corto silencio susurró:

—Esperaré.

—Buena chica.

Colgué y volví al lado de mi conejito de indias.

Había recobrado el conocimiento, pero ni siquiera le quedaban fuerzas para debatirse.

Todo el suelo del cuarto de baño era un mar de sangre.

—Vamos a continuar, camarada. ¿O prefieres hablar?

Cabeceó violentamente.

De un tirón le arranqué la mordaza. Le había apretado tanto la cinta adhesiva que me llevé por delante un par de tiras de su piel, con lo que no le hice ningún favor.

—¿Quién, bastardo?

Ahogó un sollozo de desesperación y dolor y al fin balbuceó:

—Decker... Lou Decker...

—Debí suponerlo. ¿Para qué quiere localizar a Marsha?

—No lo sé...

—Piénsalo dos veces. Aún te quedan otras partes del cuerpo donde trabajar con el cuchillo.

—¡Maldito...!

—Sí, bueno, pero no olvides lo que te he preguntado. ¿Para qué quiere encontrarla?

Su garganta emitió una sucesión de quejidos ahogados. Estaba al borde de la locura a causa del espantoso dolor que sufría.

—Se lo diré... —jadeó—. Nos dijo que... que cuando la encontrásemos debía... debía desaparecer... nada de rastros... desaparecer.

—Ya veo. ¿Eso es todo lo que tienes que decir?

Sollozó, asintiendo:

—Me pregunto qué puedo hacer con dos carroñas entre manos...

Le sacudí en la cresta y de nuevo se desvaneció. Volví a cerrarle la boca con tiras adhesivas, lo levanté en vilo y acabé arrojándole a la bañera, encima de su compinche. No iban a tener un descanso muy cómodo que digamos, pero ya había bastante sangre en el suelo por el momento.

Lavé mis manos, cerré la puerta del baño y me largué en busca de la muchacha.

La visión de su cara de ángel fue como un bálsamo después de lo sucedido en su cuarto de baño.

Me senté ante ella en silencio. Encendí un cigarrillo y aspiré el humo hasta el fondo de los pulmones.

La muchacha susurró:

—Diga algo, por lo que más quiera... ¿Qué ha pasado?

Seguí fumando y mirándola. No había mucho que decir sobre lo que había pasado. Era mi problema y ya vería cómo lo resolvía.

—¿Qué le pasa? ¡Señor Davis!

—Tenían orden de asesinar a Marsha cuando dieran con ella. Ya despedazaron a una muchacha hace sólo unas horas... y eso es lo que iban a hacer contigo.

—¡Dios santo! ¿Por qué?

—Porque eran dos malditos carniceros manejados por alguien peor que ellos... alguien que está pidiendo a gritos un ataúd.

Se estremeció. Sus grandes ojos no se apartaban de mí. Estaba poniéndome nervioso.

—¿Qué... qué pasó después que yo me fui? —balbuceó.

—Les di una ración de su propia medicina.

El camarero se acercó. Le pedí un *whisky* doble y hasta que lo hubo servido ninguno de los dos dijimos una palabra.

Bebí hasta la última gota. Deseaba aturdirme porque la tormenta que rugía en mi interior amenazaba con estallar con toda su violencia y yo conocía bien los síntomas. Pensándolo bien, los psiquiatras del hospital no habían hecho tan buen trabajo después de todo.

—Ahora más que nunca necesito encontrar a Marsha, Babs. Si ellos la localizan primero la matarán y todo se habrá perdido.

Instintivamente, alargó las manos y sujetó las mías.

—¡Pero no sé dónde está, Mike! —musitó—. Te digo la verdad, no lo sé.

La miré fijo al fondo de los ojos. No mentía. Estaba seguro de que era sincera en aquellos instantes.

Asentí con un gesto.

—Está bien, Babs, tranquilízate.

—Si por lo menos pudieras decirme a qué obedece tanta violencia, Mike...

—¿No te habló Marsha de un tipo llamado Lou Decker?

—No, nunca.

—Ella fue amante de Decker, y éste es un hampón de la peor calaña. Cuando él se cansó de Marsha la despidió a puntapiés como tiene por costumbre.

La vi cómo se estremecía. Estaba muy pálida, pero tan bella como una quimera.

—Marsha sabe mucho sobre Decker... sabe tanto en realidad que si ella quiere podemos hundirlo para siempre. Pero debe haberse producido una filtración en alguna parte y ha averiguado que la andamos buscando para acabar con su imperio de crimen, vicio y extorsión. ¿Comprendes?

—Creo que sí... pero los otros hombres que vinieron primero no trabajaban para él, Mike, sino para O'Roark.

—Éste es otro punto. Un pistolero bestial como los de la vieja escuela de Chicago. Tu amiga tiene la fatal habilidad de atraerse siempre a la misma clase de rufianes. Lo que me gustaría saber es por qué huye de

O'Roark

también. Estuvo con él hace apenas unos meses.

—Eso puedo decírtelo yo.

—¿Te lo contó Marsha?

—Sí. Me dijo que

O'Roark

no era lo que ella había supuesto al principio. Era un hombre brutal, sádico, que la maltrataba por simple capricho. No podía soportarlo más. Por eso huyó. El apartamento estaba pagado por un año y yo me instalé en él porque Marsha me lo pidió. Dijo que me llamaría de vez en cuando para saber cómo estaban aquí las cosas, pero no lo ha hecho.

—Ya entiendo. No obstante, la cosa no tiene pies ni cabeza.

—¿Crees que estoy mintiendo?

—Desde luego que no. Es la actitud de tu amiga lo que me desconcierta. Ella frecuentó una taberna de mala muerte, a la mañana desapareció de allí como si se hubiera esfumado, y entonces no andábamos nosotros tras ella ni mucho menos, de modo que Decker no tenía motivos para perseguirla aún.

—Bien, confieso que no lo entiendo.

—Olvidalo. En todo caso, es mi problema.

Estuvo callada y pensativa unos minutos. Luego murmuró:

—Esos hombres, Mike... ¿Están aún en el apartamento?

—Ajá.

—¿Qué vas a hacer con ellos? No puedo volver allí en estas circunstancias.

—Cuando haya oscurecido los sacaré, no te inquietes. ¿Tienes coche?

—Sí...

—Muy bien. Lo único que tendrás que hacer será limpiar el cuarto de baño. No ha quedado muy presentable.

—Lo haré. Ahora que sé cuáles eran sus intenciones no me importa en absoluto lo que les suceda.

—Buena chica, Babs. Podría enamorarme de ti sin ninguna dificultad.

Sonrió al fin. Su sonrisa era tan luminosa como una salida de sol en el desierto.

—Estoy segura —dijo—. Los hombres sois muy impresionables.

—¡Qué diablos impresionables! Tenemos ojos en la cara, eso es todo. ¿O acaso no te miras al espejo?

—De frente y de perfil, varias veces al día.

—¿Vestida o desnuda?

Se echó a reír.

—De ambas formas, Mike. ¿Empiezas a perder el timón, o qué te ocurre?

—Noto que la temperatura está elevándose hasta un grado peligroso. Mejor será que salgamos.

—Está oscureciendo...

—¿Y qué con eso?

—Tienes que limpiar de basura mi apartamento.

La miré, lleno de admiración. Muy pocas mujeres hubieran sido capaces de referirse a ello con tanta calma y serenidad.

—Desde luego. Supongo que en un palacio como ése habrá salida de servicio.

—Naturalmente.

—Eso facilitará las cosas.

Me levanté y dejé unos billetes sobre la mesa.

Ambos salimos a la calle. Las luces de los escaparates se desparramaban en las aceras y una riada de gente se apresuraba en todas direcciones.

—Esto es como una carrera —dije entre dientes—. El que la gane uno u otro depende de la suerte. Y de la suerte dependerá que Marsha viva o muera.

Babs no replicó. Dejó que la enlazara por la cintura y así caminamos un buen trecho en silencio. Bajo mi mano sentía la vibración de su cuerpo duro y firme, con la elasticidad de la juventud poniéndose de manifiesto a cada movimiento.

—Me llevaré tu coche —dije al fin—. Cuando te lo devuelva te llevaré a cenar como recompensa. ¿Está bien así?

—Me parece una idea magnífica, Mike.

—Lo creas o no, tengo otras ideas tan magníficas como ésa.

—¿No pueden saberse?

—Cada cosa a su tiempo. Empecemos por el coche.

CAPÍTULO VIII

Viajé por la carretera de Mount Vernon hasta localizar un paraje conveniente. El coche de Babs era un mastodonte rebosante de cromados, con un enorme portaequipajes. Sin embargo, a pesar de su gran tamaño, los dos rufianes embutidos en él, no puede decirse que viajasen con comodidad.

Metí el coche por un sendero entre la oscura arboleda, apagué los faros y apeándome saqué los dos cuerpos a tirones.

El que había recibido mis atenciones con el cuchillo gimió débilmente bajo la mordaza. El otro no rebulló.

Había espesos matorrales entre los árboles. Les arrojé allí confiando en que serían encontrados por la policía cuando yo les diera aviso, o de lo contrario iban a pasarlo muy mal.

Regresé a Nueva York llevando una velocidad tan moderada como en el viaje de ida. No podía permitirme el lujo de tener complicaciones con la policía de carreteras.

Después de estacionar el coche, entré en una cabina telefónica y comuniqué con la Central policíaca. Hablé con brevedad, impidiendo que pudieran formular preguntas, y colgué rápidamente.

Esperé unos segundos antes de descolgar nuevamente el auricular. Esta vez llamé a la redacción y encontré a Cooper bufando.

—¡Condenación! He pasado el día entero tratando de localizarte —cacareó, furioso—. Llegué a pensar que estabas en el fondo del río con un lastre de plomo.

—Cierre el pico y espéreme. Voy para allá.

Colgué sin dejarle tiempo de seguir protestando. Era hora de que él también empezara a preocuparse.

Y se preocupó, naturalmente.

—¿Quieres decir que ha habido una filtración desde aquí? ¡Tú

estás loco, Mike! —chilló después de escucharme.

Me arrellané en el sillón y puse los pies sobre su propia mesa. Eso le ponía furioso, aunque bien es verdad que siempre estaba furioso por una cosa u otra.

—Eso dije. Lou Decker sabe que andamos tras las huellas de su ex amante, y lo peor es que sabe también por qué.

—¡Maldita sea! Sólo tú y yo estamos enterados de ese proyecto de reportaje.

—Alguien más lo sabe. Si hubiésemos hablado de ello por teléfono, pensaría que tiene usted la línea interceptada, pero sólo hemos discutido del asunto personalmente, en ese despacho. ¡Infiernos!

Enarcó sus cejas como cepillos.

—¿Se te ha ocurrido lo mismo que a mí? —masculló con voz contenida.

—Apuesto que sí.

—Un micrófono oculto. ¿Es eso?

—Pudiera ser.

—Manos a la obra.

Se levantó, temblando de ira y ambos nos pusimos a escudriñarlo todo pulgada a pulgada.

Estaba adherido debajo del tablero de la mesa metálica que sostenía la máquina de escribir. No era mayor que un botón de chaqueta y no había ni rastro de cables.

Con el artilugio en la mano dije:

—Un micrófono autónomo. No creo que tenga mucho radio de acción, pero maldito si podemos saber dónde está el receptor, seguramente con una grabadora.

—¿Por qué, Mike? —Gruñó—. Y también me gustaría saber quién lo puso ahí.

—Lou Decker tiene a mucha gente en su nómina, Cooper, desde políticos a polizontes. ¿Por qué no algún reportero también? Es la mejor manera de estar siempre bien informado.

—Claro, pero...

Calló. Él sabía que yo estaba en lo cierto.

Le entregué el diminuto micrófono. Lo miró unos instantes con el ceño fruncido. Luego, sin poderse contener, lo aplastó contra la mesa. El puñetazo resonó como un cañonazo.

—¿Se siente mejor ahora?

—¡Condenación! Me sentiré mejor cuando pueda echarle mano al bastardo que puso ese trasto en mi despacho.

—Lo creo. Volvamos al asunto, Cooper... ¿Sigue utilizando los servicios del mismo detective para los trabajos del periódico?

—Naturalmente.

—¿Cutler?

—El mismo. ¿Por qué?

—Necesito que haga algo por mí.

—Muy bien, ve a verle y díselo.

Asentí, levantándome.

Él dio un brinco.

—¡Espera un minuto! —rugió—. No pensarás largarte sin ponerme al corriente de lo que llevas hecho.

—¿No leyó el resumen que le dejé ahí?

—Sí, pero supongo que después has hecho algo más.

Sentí un escalofrío.

—Seguro —dije—, pero puede estar seguro que no le gustaría saber qué hice.

—Escucha, Mike...

—En otra ocasión. Tengo una cita esta noche.

—¡Maldita sea! Olvídate de tus citas mientras estés trabajando. ¡Vuelve aquí, condenación!

Seguí oyendo sus gritos hasta que se cerraron las puertas del elevador.

Pensé una vez más que el día menos pensado Cooper caería víctima de un colapso cardíaco.

La besé tan pronto cerró la puerta.

—Mike, estás loco —susurró.

—Puedes apostar a que sí, pero sólo desde que te conozco.

—¿El clásico flechazo?

—Llámallo como quieras. Y no te escabullas aún.

Entonces me llevó al diván que me sirviera de escondite y sentándose murmuró:

—Después que te fuiste, caí en la cuenta de que no te había agradecido el hecho de salvarme la vida.

—Ya lo has hecho ahora.

Sonrió, pero en sus ojos maravillosos adiviné una leve sombra de

inquietud.

—Mike...

—Suéltalo.

—¿Adivinas qué quiero decirte?

—No es difícil. Viste a esos dos matarifes que saqué de aquí.

—No con detalle... pero sí lo suficiente.

—Mejor será que lo olvides.

—No puedo. Desde que te fuiste estoy preguntándome qué clase de hombre eres... qué hay en ti que te permite llegar a esos extremos casi sin alterarte. Y... y tengo miedo. Ahí estaba. Debí suponer que la cosa saldría en cualquier momento.

—¿Miedo de mí?

Se encogió de hombros.

—No lo sé, estoy terriblemente confundida. Sé que te quiero. Sin embargo, te vi disparar fríamente contra un hombre, y después... Bueno, ya sabes. Es horrible que un ser humano pueda hacer algo semejante sin que esté loco.

—Ya veo...

—¡Por favor, Mike, compréndeme!

—Te comprendo perfectamente. Todo lo que estoy en condiciones de decirte, es que me adiestraron en Vietnam para que pudiera llevar a cabo un trabajo en la retaguardia del enemigo, en plena jungla. Lo hice, pero fui capturado. No me gusta recordar nada de lo que sucedió entonces... ni hablar de ello. Únicamente te diré que conseguí escapar y casi a rastras huí durante días y noches. Cuando logré llegar a nuestras líneas estaba más muerto que vivo. Tras esto me licenciaron, no sin pasar una temporada en un hospital psiquiátrico.

—Comprendo...

—Le llamaron una cura de... de rehabilitación o algo así. Creyeron que con un simple tratamiento psiquiátrico podrían borrar lo sucedido, convirtiéndome en un hombre normal y corriente. Eso era esperar demasiado.

—Mike...

—No puede olvidarse el infierno así como así cuando se ha caído en él una temporada. Yo estaba entrenado para ese riesgo, pero cuando me cazaron supe que ningún adiestramiento es suficiente para insensibilizar a un hombre tan completamente como pensaban.

De modo que ya lo sabes, Babs. Posiblemente sigo estando más o menos loco.

—No digas eso, Mike.

Me besó fugazmente y levantándose fue a preparar bebidas para los dos.

Desde el pequeño bar, sin mirarme, dijo:

—Lo limpié todo, Mike. Sentí nauseas, pero pude soportarlo. Creo que estoy endureciéndome mucho desde que te conozco.

—Habrás de endurecerte mucho más aún si aceptas soportarme el resto de tu vida.

Se quedó rígida, con los vasos en las manos.

—¿Estás proponiéndome que me case contigo?

—Algo así.

—Ahora sí que estás verdaderamente chiflado, Mike.

—Ven aquí y deja que te demuestre cuán chiflado estoy.

Vino hacia mí, me entregó el vaso y tomó asiento a mi lado.

El vaso quedó abandonado sobre la mesilla, por supuesto.

CAPÍTULO IX

Cutler era un individuo delgado, escurridizo y con un rostro afilado como el de un pájaro. Había realizado infinidad de trabajos para el periódico y poseía una experiencia enciclopédica.

—De modo que eso es todo —comentó después de escucharme.

—¿Le parece poco?

Encogiéndose de hombros dijo:

—Es uno de tantos trabajos de rutina. Hallar el rastro de esa dama a partir del día que abandonó su lujoso apartamento no va a resultar fácil, pero tampoco imposible.

—Entonces, manos a la obra. La cosa urge.

—Como de costumbre —rió—, siempre urge. Una cosa más, Davis... ¿Puede haber riesgo en eso? Me gusta conocer por anticipado del lado que pueden venirme los golpes.

—Es posible que haya algún riesgo.

Asintió, pensativo.

—Bueno, nadie regala el dinero. Le informaré en cuanto tenga algo concreto.

—Muévase, Cutler, y rápido. Si se nos anticipan, todo lo que hallará usted al final será un hermoso cadáver.

—Eso no me gustaría.

Me largué pensando que a mí tampoco.

Di una vuelta por la redacción, sólo por si había algo para mí.

Todo lo que había era un esbirro del teniente Gridle esperándome pacientemente.

—El jefe se cansó de llamar —explicó—, así que al fin me mandó aquí para esperarle. A estas horas debe estar subiéndose por las paredes.

—Bien, vamos a tranquilizarle.

Me llevó en su coche. Casi podía adivinar lo que Gridle tenía en el buche.

Soltó un seco juramento cuando entré en su despacho. Lucía una expresión torva y ceñuda.

—Siéntese, Davis —gruñó—. Resulta condenadamente difícil echarle la vista encima.

—Trabajo, ¿sabe?

—Ya.

Abrió un sobre y extrajo dos fotografías, que me tendió a través de la mesa.

—Deles un vistazo —ordenó.

Realmente, no necesité más de un vistazo para reconocer a los dos carniceros.

Uno había sido fotografiado sobre una mesa de mármol, lo que indicaba que al final había reventado. El otro, con el rostro crispado por el espasmo de dolor continuo, fue fotografiado vivo, en un lecho del hospital.

—Un buen par de bellezas —conocí—. ¿Quiénes son?

—Gente de Lou Decker.

Silbé entre dientes.

—¿Por qué piensa que pueden interesarme?

Tardó en responder.

Y cuando lo hizo tampoco contestó a mi pregunta.

—Son los dos carniceros que asesinaron a Nancy.

—Vaya. ¿Han confesado?

—Uno no pudo confesar nada. Estaba muerto cuando lo encontraron. Antes de morir debió pasar un rato muy amargo... Tenía destrozadas las rodillas a balazos y... Bueno, estaba muerto —cortó, para añadir con la misma voz seca—. El otro sí pudo hablar.

—¿Y...?

—También le habían hecho un sucio trabajo... muy sucio, Davis. Esa rata no podrá volver a andar normalmente en su vida.

—Si es uno de los asesinos de Nancy, se me ocurre que en lugar de preocuparse de si andará o no, debería ocuparse de que le colgaran de una rama.

—Usted sabe tan bien como yo que la pena de muerte fue abolida hace tiempo.

—En casos como éste no deja de ser una lástima. Bien, ¿qué ha confesado ese tipo, por qué asesinaron a Nancy?

—Lo sabe usted perfectamente.

Era un tiro al azar.

—¿Me han acusado?

—No.

—¿Entonces?

Se alborotó el cabello al frotárselo furiosamente.

—Le dije que haría algunas averiguaciones sobre usted. Bien, ya las hice.

—¡Qué cosas!

—Fue usted adiestrado para matar en todas las formas imaginables. Tras esto, le lanzaron detrás de las líneas del Vietcong, donde llevó a cabo un misterioso trabajo del que no he podido averiguar nada. Sólo que le capturaron y lo pagó muy caro.

—¿Sabe también el resto, cómo terminó la cosa?

—Sí.

—¿Y a dónde le lleva eso?

—Estoy tentado de acusarle de la muerte de ese tipo y de lo que sufrió el otro.

—Va a meterse en un buen lío si lo hace, teniente.

—Lo dudo. ¡Dios bendito! ¿Cómo tuvo usted valor suficiente para dejarlo en semejante estado?

—Yo no he dicho que le hiciera nada...

—¡Maldito si necesito que usted lo reconozca! Yo sé que lo hizo usted. Estaba ansioso por vengar a la mujer. Lo dijo sin rodeos delante de mí. Bueno, cuando los descubrió hizo las cosas a su modo...

—No admito nada, por supuesto.

—Sólo dígame qué le sacó al tipo. Con nosotros se ha negado a pronunciar una sola palabra.

—Supongo que no son lo bastante convincentes.

—Al grano. ¿Cuál fue su confesión, cuando usted le apretó las clavijas?

—Le repito que yo no hice nada de eso. No obstante, tengo algunas ideas.

—Es lo menos que puede tener un reportero. Veámoslas, si no tiene inconveniente.

—¿No le han confesado tampoco qué andaban buscando, cuando torturaron a Nancy?

—No. Es más, ante un tribunal...

—¡Al diablo el tribunal! Esos bastardos trabajan para Lou Decker, y usted y yo sabemos la clase de esbirro que éste es. No hace muchos meses, Decker tenía una amante llamada Marsha Link. ¿Lo sabía?

—Naturalmente. Como también sé que la «botó» cuando se cansó de ella.

—Exactamente. Y ahora quiere encontrarla otra vez, aunque no para que vuelva a su lado. Las órdenes de esos dos carniceros eran matarla cuando la encontrasen, haciendo desaparecer el cadáver sin dejar rastro.

—Y todo eso lo ha deducido usted, desde luego —dijo con sarcasmo—; ellos no confesaron nada.

Le dediqué mi mejor sonrisa.

—¿Confesar, teniente? Ya le dije que no los había visto nunca antes. No creo que ese que queda vivo diga, lo contrario.

—En realidad está aterrorizado.

—El miedo es sano, Gridle.

—Sí, ya sé que usted entiende mucho de eso. Ahora dígame por qué Decker quiere localizar otra vez a esa chica, Davis.

—Ya se lo dije, para rebanarle el pescuezo.

—¿Por qué?

—Quizá sabe demasiado.

Suspiró, impacientándose por momentos.

—Escúcheme, y luego deje de andarse por las ramas. Desde que ascendí a teniente, ya hace años, que oigo contar toda clase de historias sobre Decker. Es un mal bicho, una mala bestia si quiere, pero no es tonto. Si lo fuera le habríamos echado el guante hace mucho tiempo... Hay policías, yo entre ellos, que daríamos la mano derecha por conseguirlo. Sólo que no es posible sin pruebas. Y nunca hay pruebas. No hay manera legal alguna de ponerlo donde debe estar. Nunca comete un error, nunca corre riesgos. Y ahora me sale usted con que persigue a su examante para liquidarla en cuanto la encuentren. Y yo le repito, ¿por qué, Davis?

—Todo un discurso. Y le voy a responder con otro. Tiene usted mucha razón cuando confiesa su impotencia ante ese bastardo. Está bien asesorado por los picapleitos habituales y no comete errores de ninguna clase... excepto uno: su fanfarronería con las mujeres.

Aguzó las orejas.

—Más claro —pidió.

—No puede sustraerse al placer de la vanidad. Nunca se cansa de contarles a las chicas que «retira» lo grande que él es, lo inteligente... Ya sabe a lo que me refiere.

—Lo sé. ¿Y...?

—Marsha Link está enterada de muchas cosas sobre Decker. Si ella habla, él está acabado. Sólo que nunca temió que ella se fuera de la lengua hasta que yo empecé a buscarla. Entonces adivinó cuáles eran nuestros planes.

—Entiendo... y por eso la ha condenado a muerte, ¿eh?

—Ajá.

—¿Ha encontrado usted alguna pista de ella?

—Lo que he encontrado es otro embrollo.

—¿Qué?

—Otra ramificación del mismo asunto. Hay mucha gente buscando a Marsha.

—¿Qué gente?

—Bien, esos esbirros de Decker para empezar. Luego, tenemos a un par de pistoleros de

O’Roark

que también están ansiosos por encontrarla.

Se puso tan rígido como una tabla.

—¿Pistoleros de

O’Roark?

—masculló—. ¿Cómo lo sabe?

—Lo sé y eso es suficiente. Y luego están el hombrecillo que asesinaron ante mis narices, y el exdetective privado al que yo tumbé.

Se restregó la cara furiosamente.

—Cada vez lo embrolla usted más. ¿Por qué no empieza por el principio?

—Porque si le contaba toda la historia, y gracias a ello, usted desentrañaba el lío, yo perdería la exclusiva de este asunto. Y de él han de salir una serie de reportajes, ¿entiende?

—Demasiado. Pero no le oculto que voy a poner a mi gente detrás de las huellas de Marsha Link.

—Estaba seguro que lo haría.

—¿Y no teme perder su exclusiva si la encontramos nosotros?

—Correré ese riesgo.

Me observó con enorme desconfianza.

—Usted se guarda un as en la manga, Davis —me espetó de pronto.

—Hago trampas hasta en el póquer, de modo que no se asombre por ello.

Me levanté, dispuesto a largarme antes que las cosas se complicasen más. No obstante, él, aún dijo:

—Davis, está jugando con dinamita. Recuerde que puedo presentar una acusación contra usted respecto a ese matarife muerto y el otro lisiado para el resto de sus días.

—Estoy seguro que puede hacerlo. Pero yo le pondría ante las narices una coartada a prueba de bomba. Y lo bueno del caso es que usted sabe que podría hacerlo.

Le dejé reflexionando sobre eso y algunas cosas más y me largué a escape.

Desde una cabina telefónica llamé a Bárbara, sólo para asegurarme de que todo iba bien.

—¿Nadie te ha vuelto a molestar, querida?

—No, Mike. ¿Cuándo te veré?

—No lo sé aún. Volveré a llamarte.

—Ven pronto, Mike.

Se lo prometí antes de colgar el auricular.

Desde allí me encaminé a una agencia de automóviles. Elegí un sólido «Buick» convertible y esperé a que comprobasen el cheque para llevármelo.

Era un buen coche. Jamás antes había tenido uno tan rápido... ni de primera mano. Había que agradecer a la aventura de Vietnam que tuviera más dinero que de costumbre en mi cuenta.

Con el auto me dirigí a mi apartamento. Llevaba tres días sin cambiarme de ropa y necesitaba una ducha con urgencia.

De modo que después de despilfarrar media hora buscando un lugar donde aparcar mi acorazado, subí al piso abrí la puerta y allí estaban ellos.

Eran dos, por supuesto.

Y profesionales.

Tan profesionales como yo mismo.

Me sorprendieron desde dos ángulos distintos. Los dos tenían sus pistolas empuñadas y no era difícil adivinar que las utilizarían si les obligaba a ello.

—Nos cansamos de esperar, plumífero —dijo uno de ellos, alto y delgado y con unos ojos astutos como los de un zorro viejo—. ¿Es que no se acuesta nunca?

—Depende...

—Ponga las manos sobre la cabeza y vuélvase de espaldas... así está bien. Vigílalo, Scobie.

En un santiamén se apoderó de mi revólver. Entonces me empujó hasta dejarme junto a la pared.

—Vuélvase.

Me volví. Los dos estaban juntos, frente a mí.

—Ahora escuche, plumífero; va a venir con nosotros sin alborotar, ¿está claro? Alguien quiere verle.

—¿Sólo verme?

—Pórtese bien y es posible que salga de este lío sin un rasguño. De lo contrario...

Se encogió de hombros significativamente.

Así que salimos del apartamento en fila india, y ya en la calle me obligaron a utilizar mi propio coche.

No puede decirse que tuviera un estreno muy satisfactorio.

Bueno, me puse al volante y con una pistola apretada contra los riñones me ordenaron conducir rumbo a New Jersey. Y hacia allá nos fuimos.

Charlie

O’Roark

sabía vivir. Era un individuo grande, redondo y fofó.

Pero sabía vivir.

Ocupaba una residencia impresionante y a juzgar por el movimiento de gente que vi al llegar, mantenía todo un regimiento a su alrededor, sólo para poder dormir tranquilo.

No hacía mucho tiempo había andado a tiros con las gentes de la Mafia. Ellos eran salvajes y brutales en sus métodos, pero

O’Roark

les demostró que podía serlo mucho más.

Idearon multitud de triquiñuelas para apartarlo del mundo del

hampa y quedarse con sus negocios. También supo hacerles entender que por ese lado era tan invulnerable como con las pistolas.

De modo que acabaron dejándole en paz y respetándole su parcela.

—De modo —cacareó cuando me colocaron frente a él—, que usted es el reportero que busca a Marsha, ¿eh?

—Las noticias vuelan —dije.

—Yo siempre estoy bien informado. ¿Le habéis registrado?

Asintieron en silencio. Me señaló una silla.

—Siéntese, Davis. No me gusta perder el tiempo. Soy un hombre de acción, aunque supongo que eso ya lo sabe usted.

—Seguro.

—Así nos entenderemos mejor. ¿Para qué quiere encontrar a Marsha? Y no me venga con embustes porque lo pasará mal. ¿Para qué la busca?

—Para nada relacionado con usted,
O’Roark.

—De eso precisamente quiero asegurarme. Pero si no es por mi causa, ¿por qué?

—Eso queda fuera del juego.

—¿Scobie?

No dijo más. Pero apenas acababa de pronunciar el nombre de su esbirro, cuando un martillo pilón me sacudió por detrás en plena nuca.

Salí volando, llevándome la silla conmigo y aterrizando al otro lado de la estancia.

Quedé acurrucado en el suelo, hecho un ovillo, mientras un lacerante latido comenzaba a barrenarme el cerebro. Una cortina roja empezó a extenderse ante mis ojos y la tormenta se desencadenó dentro de mi obligándome a permanecer quieto y tenso.

—Volvamos a empezar —dijo

O’Roark

sin alterarse—. Scobie, mejor será que le ayudes a sentarse otra vez. Le diste demasiado fuerte, ¿es que nunca aprenderás a controlarte?

Era un reproche burlón, suave y divertido.

Scobie se me acercó refunfuñando. Agarrándome por los

cabellos, tiró hacia arriba levantándose en vilo hasta dejarme de pie.

Entonces giré como un meteoro, igual que me enseñaron durante días y días. Flexionar el cuerpo, el brazo tenso y doblado, y entonces girar como un rayo, lanzar el brazo con la mano rígida a la altura de la carótida de un hombre.

Scobie ni siquiera vio el golpe. Sólo advirtió que yo me movía demasiado aprisa y desorbitó los ojos. Luego, cuando el borde de mi mano le hundió el cuello ya no vio nada más. Se derrumbó vomitando sangre y tras unos segundos quedó muy quieto sobre la alfombra.

O'Roark

tardó en salir de su estupor.

El pistolero que quedaba en pie, no.

Oí el chasquido del seguro de su automática cuando lo hizo saltar. Gruñó un soez insulto y se dispuso a matarme.

—¡Espera! —Gorgoteó su jefe.

O'Roark

rodeó la mesa y se acercó a Scobie, inclinándose sobre él.

Cuando se irguió estaba blanco.

—Lo ha matado —jadeó—. Está muerto.

No dije nada. Me limité a mirarle, pensando en el lugar donde le golpearía a él si se me presentaba la ocasión.

Algo debió ver en mis ojos, porque retrocedió precipitadamente, poniendo otra vez la mesa entre los dos.

—Vigílalo, Basil. Y si se mueve, mávalo.

Basil gruñó de impaciencia.

Yo dije:

—No vuelva a hacerlo,

O'Roark...

jamás.

—¿Qué?

—Ordenar que me golpeen. No lo soporto... es algo que no comprendería.

—Y no lo comprendo. ¡Infiernos! Lo ha matado de un solo golpe, y Scobie era más pesado que usted...

—Suerte.

—Sí, suerte... ¡Suerte de un demonio!

—Volvamos al asunto.

Me miró estupefacto.

—Acaba de matar a un hombre y... Pero bueno, tiene razón, volvamos a lo que importa. Le hice una pregunta, ¿recuerda?

—Y yo le di una respuesta. Sigue siendo la misma. No tiene nada que ver con usted.

—Entonces, ¿con quién?

Reflexioné apresuradamente.

—Voy a hacer un trato con usted,

O’Roark.

—¿Qué clase de trato?

—Usted me dice por qué quiere encontrarla también, y yo le correspondo del mismo modo.

—¿Diciéndome por qué la busca?

—Eso es.

Lo pensó detenidamente, tomándose tiempo.

Detrás de mí oía la agitada respiración del pistolero que me vigilaba.

—Está bien, Davis, me parece un buen trato —accedió al fin.

—Empiece a hablar.

—Si luego intenta tomarme el pelo, no saldrá de aquí vivo.

—Jugaré limpio.

Se recostó en el enorme sillón y explicó:

—Me gustaba la chica. Era una mujer que tenía algo especial, una distinción que no había encontrado nunca en ninguna de las otras. Bueno, le di cuánto quiso porque sé que ninguna mujer me aceptaría nunca por mí mismo... estoy demasiado gordo —se echó a reír y prosiguió—. Se portó bien al principio. Luego, un día desapareció llevándose algo que me pertenecía.

—¿Qué era ello?

—Eso no puedo decírselo. Pero le doy mi palabra de que era algo de mucho valor, y de mi única propiedad. Ella se lo llevó y hasta ahora. Quiero recuperarlo, eso es todo.

—Y de paso ajustarle las cuentas, supongo.

—Sólo darle un pequeño repaso. Estoy muy molesto con ella, como es lógico.

—Ya veo... ¿Tenía ella mucho dinero cuando desapareció?

—¿En metálico? No lo sé, supongo que bastante. Y ahora le toca

a usted.

Asentí.

O'Roark

y Lou Decker no eran precisamente compañeros de juego. Cada uno explotaba sus propios negocios, y si bien no se estorbaban mutuamente, era del dominio público que se detestaban cordialmente.

Así que dije:

—Mi explicación es más sencilla. Mi periódico está preparando una serie de artículos para desenmascarar a Lou Decker. Marsha conoce algunas cosas sobre él que nos interesan y si conseguimos que nos ayude, Decker estará acabado.

Sus ojillos chispearon llenos de interés.

—¿Es cierto eso?

—Completamente cierto.

Estuvo más de un minuto quieto, reflexionando.

Cuando habló dijo:

—Le creo, pero si ha mentido vaya ocupándose de su testamento, Davis.

—He dicho la verdad.

—Espero que así sea. Puede largarse, pero antes le propongo otro negocio... Diez mil dólares para usted si después de exprimir a Marsha me permite tener una pequeña conversación con ella.

—¿Sólo una conversación?

—Ni más ni menos.

—Lo pensaré.

Salí de allí como andando sobre algodón. La cabeza me dolía como un infierno, y todavía no estaba muy seguro de que aquello no fuera una trampa.

Quizá habían colocado un explosivo de relojería en el coche. O tal vez pensaban acribillarme cuando saliera de la finca de O'Roark.

Quizá...

No pasó nada. Tripulé mí «Buick» de regreso a Nueva York y nadie disparó sobre mí ni el coche estalló en pedazos.

Apenas podía creerlo.

Sentía el dolor en mi cráneo cada vez más vivo. Parecía como si estuvieran barrenándome el cerebro, y eso me inquietaba porque en

estas condiciones yo sabía muy bien que era incapaz de controlar mis reacciones si alguien me atacaba.

Llegué a mi apartamento, cerré la puerta y desvestiéndome en unos segundos me fui bajo la ducha.

El agua fría obró como un tónico. De nuevo podía mirar al mundo cara a cara.

CAPÍTULO X

Me despertó el teléfono, martilleando insistentemente.

Lo descolgué de un zarpazo. Al mismo tiempo advertí que había oscurecido y di un salto en la cama.

—¡Hable!

—¿Davis? Aquí Cutler.

—Hola. No me diga que ya tiene noticias para mí.

—Seguro que las tengo. No debería trabajar así, porque pierdo un montón de días de sueldo y gastos, pero ya sabe cómo soy.

El cansancio huyó de mí como barrido por un huracán.

—¿La tiene, Cutler?

—Sin ninguna duda —aseguró el detective—. Tiene un bonito apartamento en Long Island.

—¿Dónde está usted ahora?

—En

Tommy's.

—Encargue una cena para mí y espéreme. Voy para allá.

—*Okey.*

Colgué. Me pregunté qué error habría cometido yo para no conseguir el mismo resultado que el detective, porque sin duda él había partido desde el mismo punto que yo.

Le encontré saboreando su tercera taza de café negro. Se negó a hablar mientras yo no terminara de cenar y siguió allí, sentado como un Buda, fumando y mirándome con sus ojos astutos y burlones.

—Bueno —dije al final—. Ahora dígamelo. ¿Cómo lo hizo?

—De la manera como se realizan esta clase de trabajos. Hablé con el conserje de los apartamentos donde vivió. Luego, encontré el apartamento que usted me había indicado y hablé también con su amiguita Bárbara. ¡Diablos, qué mujer!

—Al grano, Cutler.

—Bueno, todo lo que le pregunté fue si se había llevado algún equipaje. Se llevó dos maletas grandes y un pequeño maletín de viaje. Usted debió haber empezado por ahí, amigo.

—¿Por las maletas?

—Y por averiguar si tenía coche. Bueno, no lo tenía. Y no podía ir muy lejos cargada con tan pesado equipaje. Así que sólo pudo marcharse en taxi. Todo lo que yo hice fue localizar al taxista. Fue fácil porque ella lo pidió por teléfono y el viaje quedó anotado en la central.

—¡Maldita sea mi estampa! Nunca sabe uno bastante.

—Y usted que lo diga.

—¿Vive sola?

—Y no recibe nunca visitas.

—Vamos allá.

—Me gustaría saber qué espera conseguir usted, Davis. Sólo para colaborar en la representación. Es una dama muy astuta por lo que sé de ella.

—Quiero que nos revele algunos datos sobre Lou Decker. Por ejemplo, la manera cómo evade los impuestos y cosas así.

—Ya veo. Si Decker la localiza, esa chica lo pasará mal.

—No sabe usted cuánta razón tiene.

Viajamos hacia Long Island en mi coche y no lo detuve hasta que él me lo indicó.

—Ésa es la casa. Ella ocupa la segunda casa.

Era uno de esos edificios que en un principio fueron construidos como grandes residencias privadas. Luego, los herederos de quienes los construyeron prefirieron vivir en lugares más distinguidos y los convirtieron en exclusivos apartamentos de categoría, muy discretos y confortables.

Había luz en las ventanas del segundo piso.

—Andando —dije—. Es como si nos estuviera esperando.

—Hay una cerradura automática, amigo. Querrá saber quiénes somos antes de abrir.

—En ese caso llamaremos al tercero. A estas horas es posible que estén levantados aún.

Oprimí el timbre. Los del tercero ni siquiera hicieron preguntas a través del altavoz. Accionaron la cerradura y la puerta se abrió con un chasquido.

Entramos y nos quedamos quietos. Desde arriba, alguien preguntó algo que no entendimos. Luego, una puerta golpeó al cerrarse.

—Vamos.

Subimos cautelosamente hasta el segundo. Cutler llamó suavemente con los nudillos un par de veces y esperamos.

Oímos los pasos quedos de alguien acercándose a la puerta, y luego la voz precavida de una mujer.

—¿Quién... quién está ahí?

—Davis. Soy periodista, Marsha.

—¿Y qué?

—Abra la puerta o toda la escalera se enterará de lo que hablemos.

—Necesito estar segura, pase algún documento por debajo de la puerta.

Deslicé mi credencial del periódico por la rendija, tal como ella quería.

Al cabo de unos instantes la puerta se abrió silenciosamente.

Entramos antes que cambiara de idea.

Marsha era tan hermosa como en las fotografías, pero la tensión soportada los últimos tiempos había dejado profundas huellas en su rostro.

—¿Cuál de los dos es Davis?

—Yo. ¿No ha visto la fotografía de mi credencial?

—Es muy borrosa. ¿Quién es su acompañante?

—Trabaja conmigo. ¿Sabe usted que hay pistoleros de Decker buscándola para matarla, Marsha?

—¿De Decker?

—Comprendo que se asombre. Usted pensaba que sólo los hombres de

O’Roark

le seguían las huellas, ¿no es así?

—Usted parece saber mucho.

—No tanto como quisiera.

—Está bien, sí, me persiguen los esbirros de

O’Roark.

Pero es la primera vez que oigo hablar de que también me busca Decker.

—Quiere matarla, eso es todo.

Se estremeció.

—Pero ¿por qué? Fue él quien me mandó a paseo y siempre me dejó en paz. Pensé que ni siquiera se acordaba de mí.

—Algo le ha refrescado la memoria. Por eso estoy aquí.

—¿Cómo puedo saber que no es todo una trampa?

—Llame por teléfono a Bárbara.

—¿Y ella responderá por usted?

—Debe hacerlo si va a casarse conmigo.

Me contempló perpleja, como preguntándose qué infiernos podía haber encontrado en mí su amiga para acceder a casarse conmigo.

No obstante, fue al teléfono y llamó. La oí hablar un buen rato y cuando dejó el teléfono la expresión de su rostro se había serenado.

—Está bien —dijo—, ella dice que confíe en usted.

—La pondré bajo la protección del periódico, eso para empezar. Después ya hablaremos.

—No pienso abandonar este apartamento —dijo terminantemente.

—¿Por qué no? Podrá volver a él cuando todo haya terminado.

—Usted se refiere a terminar con Decker, pero yo pienso en

O’Roark,

¿comprende?

—Ya veo. Usted guarda aquí lo que sea que le birló.

Casi dio un brinco.

—¿Qué es lo que sabe de este asunto?

—Que huyó de

O’Roark

llevándose algo muy valioso que le pertenecía. Eso fue una gran equivocación, porque

O’Roark

no cesará hasta recuperar esa cosa, sea lo que sea.

—No se lo devolveré nunca —masculló—. Es mi oportunidad. Obtendré una fortuna, ¿comprende? ¡Una fortuna! Podré vivir como quiera y donde quiera, sin que jamás vuelva a humillarme ningún bastardo.

—Nunca conseguirá vivir en paz, vaya a dónde vaya. Los hombres de

O’Roark

seguirán sus huellas día y noche. Si usted conociera a esa clase de sujetos sabría que jamás permiten que nadie les burle. Y

O’Roark

no va a ser una excepción.

Se retorció las manos con toda la angustia que había acumulado durante tanto tiempo.

—De todos modos, tampoco puedo devolvérselo. Él querría vengarse igualmente y... y me mataría también.

—No si me deja ayudarla. Dígame qué es lo que se llevó usted, para empezar.

Nos miró alternativamente pero no replicó.

Entonces añadió:

—Un tal Basil está encargado de los trabajos sucios. Y hay muchos otros rufianes de su misma calaña que no vacilarán en matarla si la localizan. Déjeme hacer algo para evitarlo.

—Si me atreviese...

Cutler se retrepó en su butaca y murmuró:

—Corre el rumor de que

O’Roark

es uno de los más importantes distribuidores de drogas, Davis.

—¿Y...?

—También he oído decir que últimamente ha tenido dificultades con la distribución, como si careciera de suficientes existencias. Ya sabe que yo tengo oídos en todos los ambientes. Es fundamental para los de mi oficio.

Quedé boquiabierto.

—Pudiera ser —concedí al final, encarándome de nuevo con la muchacha—. ¿Es eso, Marsha, drogas?

Tras unos instantes asintió.

—Sí —casi sollozó—. Una gran partida.

—¿Cuánto?

—Creo que unas diez libras.

Cutler dejó escapar un ligero silbido.

Yo dije:

—Diez libras... ¿De qué?

Nuevo titubeo.

—Heroína.

No me caí de espaldas de milagro. ¡Diez libras de heroína!

—Tenía usted razón, eso significa millones de dólares, bien distribuida. O una bala en la nuca en el peor de los casos.

—¡Por favor!

—¿Hay otra manera de expresarlo? Si cae usted en sus manos deseará que le den un tiro para no soportar todo lo otro. ¿Tiene usted esa cantidad aquí?

Asintió con un gesto.

Cutler gruñó:

—Me largo. No quiero escuchar una palabra más de este asunto, Davis. Ya hice mi parte.

No le detuve. Esperé a que hubiera salido y entonces dije:

—Quizá pueda librarla de

O’Roark

al mismo tiempo, pero sacrificando esa droga. ¿Qué le parece?

—Tanto dinero...

—O un balazo en la nuca cuando la encuentren, recuérdelo.

Asintió. Estaba muy pálida y podía captarse el miedo que sentía.

—¿Cómo lo hará usted? —quiso saber.

—Recoja lo más imprescindible, pero asegúrese de que se lleva todo lo que pueda identificarla. Ya sabe, etiquetas en las ropas, marcas de lavandería y todo eso.

—Es fácil. ¿Y después?

—Vayamos por partes. Llene una maleta y larguémonos de aquí antes que sea demasiado tarde.

Me escudriñó la cara un buen rato. Después, decidiéndose, casi echó a correr hacia el dormitorio.

La cosa iba a resultar hasta divertida.

CAPÍTULO XI

Cooper daba saltos en su sillón, rebosante de entusiasmo.

Sentada ante él, Marsha no participaba de ese entusiasmo ni mucho menos.

Las lágrimas resbalaban por sus mejillas y apenas si podía contener los sollozos.

—Lo haré —dijo con un hilo de voz—. Puedo darles toda la información que quieren sobre Decker. Nunca le importó restregarme por las narices lo afortunada que era yo por haberme elegido a causa de que él era el más listo de los hombres. Le hundiré.

—Tranquilízate —dije con impaciencia—. Permanecerás bajo la protección del periódico hasta que hayamos acabado con ese par de ratas.

—¿Y después? Volveré a quedar como antes, peor que antes. Acabarás con ellos, Mike, pero habrá otros, y de nuevo habré de someterme...

—Veremos.

Y me largué.

Busqué un teléfono público y tras consultar la guía llamé a O’Roark.

Su voz de sapo me llegó a través del auricular.

—¿Davis? —cacareó—. ¿Qué diablos quiere?

—Estuve pensando mucho en usted y su oferta.

—¿Y qué?

—¿La mantiene?

—Más claro.

—Los diez mil, muchacho.

—Mantengo mi oferta, desde luego. ¿La ha encontrado?

—Mire,

O’Roark.

Sé dónde está, y he averiguado también qué fue lo que se llevó. Un buen paquete a mi parecer.

—Saber demasiado es peligroso, Davis.

—No me amenace. Maldito si me importan sus sucios negocios. Pero se me ha ocurrido que para ganar diez mil dólares he de llenar toneladas de papel y exprimirme los sesos como un condenado, y he decidido hacerle el juego.

—Muy bien. ¿Dónde está?

Solté una risita.

—Soy reportero, pero no idiota,

O’Roark.

Mande a uno de sus muchachos a mi apartamento con los diez mil. A cambio le daré la dirección de la dama.

—¿Y la mercancía está en el mismo lugar?

—Seguro, aunque ignoro el escondrijo. Pero está en el apartamento sin ningún género de dudas.

Tardó un poco en replicar.

—De acuerdo. Supongo que ya sabe que si es un truco para sacarme la pasta no habrá ningún lugar en el mundo lo bastante seguro para usted, amigo.

—No nací ayer. Sé muy bien hasta dónde puedo llegar con hombres como usted.

Eso debió tomarlo como un elogio, porque dijo sin pensarlo más:

—De acuerdo, Davis. Le envío a Basil con el paquete.

Y colgó.

Conduje hacia mi domicilio rogando al cielo que todo saliera bien. De lo contrario ya podía ir pensando en encargar una mortaja.

Basil, el pistolero que ya conocía, apareció una hora más tarde con un abultado sobre y su cara ceñuda.

—El patrón dijo que usted me daría algo a cambio.

—Seguro.

Saqué el revólver que había recuperado al salir de la casa del pistolero y se lo hundí en la barriga.

—No me fío de ti, camarada.

Le quité la enorme automática, mientras él soltaba una catarata de insultos.

Extraje el cargador y la bala de la recámara. Luego me aseguré de que no llevara otros proyectiles en los bolsillos y tras esto le

devolví el arma.

—Sólo como precaución —dije—. Quiero seguir respirando cuando te vayas de aquí.

—No pensaba hacerle ningún daño. El patrón dijo que recogiera un papel y le dejara tranquilo.

—Y eso es exactamente lo que vas a hacer.

Anoté la dirección de Marsha en un papel, utilizando letras mayúsculas, impersonales, y se lo entregué.

—Ahí tienes.

Me miró de mala manera y se fue. Esperé un par de minutos y yo también abandoné el apartamento llevándome el sobre con el dinero.

Iba a ser una noche condenadamente movida y en la que si no andaba listo podía perder la cabeza.

Claro que otras veces la había arriesgado con menos probabilidades a mi favor. De modo que me fui en busca del teniente Gridle.

Estábamos los dos agazapados dentro de un sedán negro, no demasiado nuevo, al otro lado de la calle.

Había algunos coches más en las cercanías, impersonales como el nuestro, en los que se agazapaban algunos policías elegidos por el propio teniente.

—¿No será uno de sus embrollos, Davis? —murmuró en voz baja—. Hasta ahora no ha aparecido nadie por aquí.

—Ya vendrán.

—No acabo de comprender todo este lío.

—Bueno, lo comprenderá cuando lea mi serie de artículos sensacionales al respecto.

—¡Váyase al infierno!

—¡Silencio!

Unos pasos se acercaban por la acera. Quedamos muy quietos en el fondo del coche, casi conteniendo la respiración.

Una sombra pasó al lado del coche y se alejó sin apresurar el paso.

—Una avanzadilla —musité—.

O’Roark

no quiere correr ningún riesgo.

—Eso quiere decir que están en los alrededores.

—Sin duda están cerca. Ojalá ninguno de sus hombres cometa un error.

—Están bien instruidos. Saben lo que tienen que hacer y cómo hacerlo.

—Eso espero.

—Oiga, ¿dónde encaja *Cookie* en todo esto? Es lo único que me desconcierta, porque el pobre hombrecillo estaba a mil millas de la esfera de

O’Roark

y Decker.

—Bien, sólo puedo hablar basándome en suposiciones. Decker averiguó que nosotros buscábamos a su examante para hundirlo. En consecuencia, puso a sus perros de presa en su busca, y al mismo tiempo utilizó a los soplones de costumbre. El hombrecillo era uno de éstos, y tuvo la suerte de descubrir el punto de partida, el mismo desde donde yo mismo partí, aunque sin llegar muy lejos. Pero las gentes de

O’Roark

rastreaban también las huellas de la muchacha para recuperar el paquete de estupefacientes que ella se había llevado como salvoconducto en su huida. De modo que

O’Roark

pensó que si los esbirros de Decker localizaban a Marsha antes que él, podía despedirse para siempre de las diez libras de heroína.

—Ya veo. Fallon era el perro de muestra que utilizaba

O’Roark

para buscar a la chica, y fue él quien mató a *Cookie*. Ahora sí encaja.

—Mire.

Un coche había aparecido, silencioso como un fantasma. Fue a detenerse un poco más allá de la entrada del edificio de tres plantas y durante un minuto no sucedió nada.

—¿A qué esperan? —bufó el policía.

—Quieren estar seguros.

Al fin se abrieron las portezuelas del coche. Cuatro hombres descendieron de él y pude reconocer la voluminosa silueta de

O’Roark

en la acera, mientras uno de sus compinches forcejeaba en la cerradura de la puerta hasta que consiguió abrirla.

—Ahora, esperemos un poco más. Cuando salgan llevarán suficientes narcóticos con ellos para sentenciarlos de por vida.

—Las cosas nunca son tan fáciles, Davis. Si ni usted mismo sabe dónde está ese paquete quizá ellos tampoco lo encuentren. No pueden desmontar un apartamento a estas horas sin alarmar a todo el vecindario.

No repliqué. Si no encontraban la heroína yo podía empezar a cambiar de aires, y pronto.

Tardaron más de treinta minutos en aparecer otra vez.

O’Roark

llevaba un paquete en la mano. Un gran paquete.

Gridle se puso tenso.

—No se mueva de aquí, plumífero. Esto es cosa de la policía.

—Le cedo toda la gloria para usted solo.

Saltó fuera del coche. Lo mismo estaban haciendo sus hombres.

Sonó una orden retumbante en la calle, mientras los policías convergían de todas direcciones hacia el grupo de forajidos.

O’Roark

ladró una orden y los cuatro hombres se desperdigaron. Uno de ellos comenzó a disparar mientras aún estaba corriendo.

Sonó un quejido muy cerca del coche y uno de los policías se desplomó rodando.

Las armas comenzaron a tronar como una tormenta. Me deslicé a la acera y corrí hacia el policía caído.

Ya no necesitaba ninguna ayuda. Estaba bien muerto.

El plomo empezó a zumbar encima de mí, perdiéndose o incrustándose en los coches con secos chasquidos. Agazapado, atravesé la calle como hiciera en las selvas mucho tiempo atrás.

Era lo mismo. Podían cazarle a uno en cualquier instante. Pero también yo podía cazarles a ellos con un poco de suerte.

Me zambullí debajo de un coche como si me lanzara de cabeza al mar. Me di tal batacazo que perdí el resuello durante un largo minuto.

Después, asomé un ojo por el lado de la acera, junto al bordillo.

Había un pistolero muy cerca, disparando furiosamente contra los policías que trataban de avanzar desde todas direcciones.

Era Basil. Por lo visto había encontrado nuevos proyectiles para su automática.

—¡Suelta la pistola, Basil! —grité.

Giró como una peonza. Una bala arrancó esquirlas al bordillo, muy cerca de mi cara. El condenado tipo disparaba como un maestro.

Le metí dos plomos en el cuerpo para asegurarme de que no tenía ninguna otra oportunidad de probar su puntería contra mí. Rodó a un lado y durante unos instantes permaneció apoyado contra la carrocería del coche que le sirviera de parapeto. Luego, con un golpe fofo, se desplomó.

Salí de mi escondrijos y me acerqué a él. Nunca más volvería a dispararle a nadie.

Me deslicé pegado a los coches. De pronto, una bala dio contra el metal y al rebotar me golpeó en el costado como un martillo.

Caí de rodillas con todo el dolor del infierno ardiendo en mi propia carne. La oscuridad se volvió más negra, y después roja como la sangre.

Me levanté a trompicones y avancé por el centro de la acera, gruñendo como un animal salvaje en plena jungla.

Y aquello era una jungla de cemento, asfalto y metal.

O’Roark

surgió de un portal creyendo que yo era uno de sus hombres, puesto que había aparecido de entre los coches, a su lado. Aún llevaba en las manos el gran fardo.

—¡Cúbreme! —jadeó—. ¡Es preciso que salve la mercancía!

—Ya no vas a salvar nada,

O’Roark.

—¡Tú, maldito...!

Soltó el paquete y levantó una automática.

Comencé a disparar por en medio de la cortina roja que cubría la calle. Disparé una y otra vez, y seguí dándole al gatillo de mí «38» incluso después de haberse agotado la carga.

Cuando Gridle llegó a mi lado se quedó frío. Tiempo después me dijo que al principio no se atrevió a acercarse a mí siquiera, porque yo era una aparición horrible, con sangre en las ropas, ciego de ira, apretando el gatillo de un arma descargada como si estuviera sosteniendo una batalla contra el mismísimo diablo.

Pero eso fue algún tiempo después. De aquella noche apenas si recuerdo nada más.

Hasta que desperté en el hospital, y Bárbara estaba inclinada sobre mí con sus enormes ojos rebosantes de inquietud.

—Mike —susurró—. ¿Estás bien?

—Maldito si lo sé. ¿Qué es lo que ha sucedido?

—Te hirieron. ¿No lo recuerdas?

—No... O sí, espera, ahora se hace la luz... ¿Cómo está Marsha?

—No lo sé. Tu jefe se la llevó a alguna parte. ¡Oh, Dios, Mike, bésame de mía vez!

Fue ella la que me besó.

Y estaba besándome cuando entraron un médico y el teniente. Si yo hubiese tenido suficientes fuerzas les hubiera mandado al infierno. Sólo que estaba hecho un desastre y ellos apartaron a Babs y el paraíso terminó, para dejar paso a algo mucho más desagradable.

Estuvieren hablando y hablando, sin darse cuenta de que apenas comprendía nada. Sólo entendí que Decker había sido detenido, que Marsha era ahora testigo del fiscal del estado, que mi jefe ladraba ante el temor de perder la exclusiva...

Al fin me dejaron en paz. Vi regresar a Babs como si flotara en el aire y todo cambió.

FIN



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.500 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 15 PTAS.

Impreso en España

